SUMARIO

ESTUDIOS

- **Al paso de Dios. Claves de Semana Santa**
  José María RODRÍGUEZ OLAIZOLA, SJ 197
- **Semana Santa y religiosidad popular**
  Carlos AMIGO VALLEJO 209
- **Pascuas Juveniles. Balance y prospectiva de una actividad pastoral con hondas raíces**
  Severino LÁZARO PÉREZ 223
- **Pan, cruz y canto compartidos La vida parroquial en Semana Santa**
  José Luis PINILLA MARTÍN, SJ 237

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **«Sirviéndoles en sus necesidades (EE 114). Educadores de menores y espiritualidad ignaciana»**
  Delegación de Acción Social. Provincia de Castilla SJ . . 249

«APRENDER A REZAR CON...»

3. Aprendiendo a orar con San Juan de la Cruz
José Vicente RODRÍGUEZ, OCD 255

LOS LIBROS

- **Recensiones** 269

PRESENTACIÓN

SEMANA SANTA, «semanas santas»

Es indudable que, en los últimos veinte o treinta años, sociedades como la española han sufrido una considerable transformación; y uno de los campos en los que esto se ha reflejado de manera más evidente es el aspecto religioso. Una muestra de ello es la celebración de la Semana Santa. Así, hemos pasado de vivir una Semana Santa uniforme y generalizada (procesiones, funciones, incluso música sacra en la radio) a vivir en bastantes casos una especie de vacaciones primaverales, en las que lo religioso ocupa un papel muy secundario, muchas veces reducido a un trasfondo folclórico y colorista o a un reclamo más de las guías turísticas.

En cierto modo, este cambio no debe ser entendido de forma negativa. Una sociedad plural y «laica» no tiene por qué someterse a los ritmos religiosos de una confesión, aunque ésta sea mayoritaria, como es el caso de la Iglesia católica en España. Cierto es que tampoco debería ignorarlos, ni menos aún ofenderlos, porque entonces, más que pluralista y laica, sería intolerante (hacia los sentimientos religiosos) y laicista (lo cual no deja de ser otro modo de dogmatismo).

En cualquier caso, no sería del todo exacto hacerse un cuadro de la Semana Santa en clave de transformación-ruptura, pues son todavía numerosos los creyentes que viven y celebran con respeto, devoción e intensidad la Pascua del Señor. Eso sí, probablemente mediante expresiones distintas de las de hace unas décadas, hecho que permitiría hablar de modo muy diferente de la transformación con que se vive ac-

tualmente el misterio central de la vida de los cristianos. Es precisamente este aspecto el que está en el horizonte de este número de *Sal Terrae* y de las cuatro colaboraciones que se incluyen en el apartado «Estudios», centradas particularmente en tres realidades de nuestra vida cristiana: la religiosidad popular, la juventud, la parroquia.

«¿Por qué detenernos tan especial y densamente estos días en algo que deberíamos tener presente todo el año?» En torno a esta pregunta elabora su colaboración *José María Rodríguez Olaizola,* la que abre el número y que está estructurada sobre dos elementos en estrecha conexión. En primer lugar, el sentido temporal y dialogal de la liturgia y de los ritmos litúrgicos: la liturgia, afirma el autor, no habla de un menú de sentimientos subjetivos de temporada, sino del Dios de Jesús, y cuenta una historia en la que nos acercamos una y otra vez a Dios en distintos momentos y circunstancias. En segundo lugar, lo peculiar de ese Triduo Pascual, que, en su carácter dialogal, se hace nuevo una y otra vez, porque la vida del cristiano... es nueva y cambia. Una peculiaridad que toca y afecta tanto a su dimensión personal como a la comunitaria.

El Cardenal Arzobispo de Sevilla reflexiona sobre el carácter inseparable que parece existir entre la Semana Santa y la religiosidad popular. Parte de un buen número de referencias sobre el sentido de la Semana Santa («es filón inagotable para investigaciones sobre cultura, arte, historia, literatura, etc., justificado únicamente por el misterio de la vida y la pasión de nuestro Señor Jesucristo») y ahonda en el sentido de la religiosidad popular y su valor («la religiosidad popular expresa la profunda vivencia del mensaje evangélico que se ha metido en la genuina cultura del pueblo»). *Monseñor Carlos Amigo* concluye su colaboración ofreciendo unas líneas de orientación pastoral sobre el binomio señalado.

Para *Severino Lázaro* «las programaciones pastorales juveniles tendrían que pivotar sobre el principio de encarnación, que traería consigo grandes cambios en el modo de concebir la iniciación cristiana y celebrar la Semana Santa». Explora alguno de esos nuevos modos juveniles de contemplar el misterio de la pasión y resurrección de Jesús y ofrece cuatro criterios mínimos que debería tener toda Pascua Juvenil: ser una experiencia fuerte de Dios, una experiencia de comunidad, una experiencia de apertura a los más necesitados, una experiencia que genera nuevos testigos.

En su reflexión en torno a la celebración de la Semana Santa en el ámbito parroquial, *José Luis Pinilla* incide en el sentido y valor de la preparación y participación de los grupos y fieles parroquiales en las celebraciones del Triduo Pascual. Ello le ayuda a preguntarse por lo peculiar y particular de la realidad parroquial en un tiempo litúrgico tan especial, y concluir haciendo unas reflexiones y preguntas, a modo de examen de conciencia, sobre diversos aspectos que pueden incidir en la celebración de la Semana Santa de los próximos tiempos.

ST 95 (2007) 197-207

ESTUDIOS

Al paso de Dios.
Claves de Semana Santa

José María RODRÍGUEZ OLAIZOLA, SJ*

Un año más se acerca la Semana Santa. Con la flexibilidad del calendario lunar, que hace que unos años caiga en marzo y otros en abril, se aproximan estas fechas de celebración para los cristianos. No estamos ya en los tiempos en que estos días suponían, al menos en España, una inmersión colectiva en la festividad cristiana, pero tampoco son demasiado lejanos, y mucha gente aún los recuerda. Se suspendían los espectáculos públicos, no había cine ni teatro; durante unos días la programación de una televisión entonces naciente sería religiosa o no sería. Se preparaban paños morados para cubrir las imágenes de las Iglesias durante los oficios propios de estos días. Los predicadores afinaban y rebuscaban en sus fuentes para preparar densos sermones sobre las Siete Palabras, la Eucaristía, la Pasión o la Resurrección... Y cuando llegaba el Triduo, entonces se imponía un ritmo más lento, un silencio más denso, sólo roto por el repicar de tambores y cornetas en las procesiones; un rictus de seriedad parecía lo apropiado para acompañar a Cristo camino de la cruz, y esperar hasta poder celebrar su Resurrección... No sé si las cosas eran exactamente así, pero esa es la imagen que alguien de mi generación se hace sobre lo que ocurría en estas fechas.

---

* Miembro del Consejo de Redacción de *Sal Terrae.* Trabaja en pastoral universitaria. Valladolid. <jmolaizola@yahoo.com>.

Hoy la oferta se diversifica. La Semana Santa es un tiempo estratégicamente colocado en mitad del segundo semestre escolar. Las compañías de viajes ofrecen estancias en Cancún, o un anticipo del verano en las playas mediterráneas. Hay vacaciones escolares; breves, pero al menos un último respiro para tomar fuerzas antes de lanzarse a rematar el curso.... La televisión ya no es monotemática, y se alternará *«La túnica Sagrada»* con *«Pulp Fiction», «Rey de Reyes»* con *«Los reyes del Mambo»,* o *«La Pasión»* de Mel Gibson con alguna *«Pasión de Gavilanes»;* y si se retransmite alguna procesión estará precedida por un programa del corazón o seguida por un partido de fútbol. Nadie espere que los bares cierren en Jueves Santo, ni un duelo colectivo el Viernes Santo en nombre de las creencias cristianas. Ya no es este un tiempo para una vivencia monolítica de la Semana Santa.

Por supuesto se mantienen, con otros ritmos y otras formas, los rituales religiosos. Eso sí, ya no marcan el ritmo único de la sociedad en esos días. Como casi todo en esta época, lo que hay hoy es un escaparate plural de actividades para elegir, e incluso desde el punto de vista del acercamiento a lo religioso, un batiburrillo de cultura y fe, de folklore e imaginería, de creencias profundas y acercamientos profanos a una celebración cargada de significados.

La Semana Santa sigue siendo un tiempo de especial densidad, y las formas de vivirla desde la fe son innumerables. El domingo de Ramos seguirán bendiciéndose laureles y palmas, recordando la entrada de Jesús en Jerusalén. Dependiendo de la tradición local, en muchos lugares saldrán con puntualidad a las calles las procesiones, con pasos de belleza eterna flanqueados por cofrades de rostro oculto, cuya pluralidad incluye hombres y mujeres, niños y ancianos, y hoy en día creyentes y no creyentes en una extraña y sorprendente mezcla. Los grupos juveniles o muchas comunidades cristianas aprovechan y se desplazan para vivir estos días y celebrar la pascua en un espacio distinto. Cada parroquia pone sus acentos, pero se intenta cuidar, en la medida de lo posible, el que las celebraciones sean significativas. De nuevo los templos verán crecer la afluencia de fieles, sobre todo el Jueves y el Viernes Santo, y sorprendentemente no tanto el Sábado, porque parece que los cristianos estamos más preparados para compartir el dolor, asomarnos a la cruz, y asumir el sacrificio, y por el camino olvidamos la dicha, el gozo o la palabra definitiva que es una palabra de Vida.

Tanto dinamismo tiene una explicación. Decimos que, desde la fe, estos son los días centrales del año litúrgico. Podemos afirmar que el corazón del misterio pascual, lo que sucedió con Jesús, se condensa de modo privilegiado en el triduo pascual y en unas celebraciones plagadas de simbolismos: la Cena del Señor, el *via crucis,* la adoración de la Cruz o la Vigilia Pascual...

Pero, ¿por qué este acento, este énfasis, esta insistencia en celebrar especialmente lo que ya conmemoramos habitualmente? ¿No recordamos cada domingo en la Eucaristía el corazón del evangelio y la revelación definitiva de Dios en Jesucristo? ¿No es el misterio pascual lo que está en el corazón de esa celebración, donde una vida arrebatada se descubre fecunda, un pan-cuerpo-entregado, vino-sangre-derramada se convierten en semilla de vida eterna? ¿Por qué detenernos tan especial y densamente estos días en algo que deberíamos tener presente todo el año?

Una precisión y tres cuestiones sobre los tiempos litúrgicos

Hay un elemento profundamente pedagógico en la existencia del año litúrgico. En el corazón de la misión de la Iglesia late la comunicación del *kerygma,* el misterio central de la fe: Jesucristo, muerto en cruz por causa del mal que atraviesa nuestro mundo, ha resucitado, por el Espíritu, y en ese acontecimiento hemos sido salvados. Y eso es una noticia que tiene que darse; es un anuncio que ha de hacerse a todo hombre y mujer, deseando que llegue a escucharse en toda su hondura, pues si, más allá de una formulación, se llega a entender en su significado, esto se convierte en la verdad que puede dar sentido a una vida individual y a muchos proyectos colectivos.

Ahora bien, este anuncio no se hace de una vez para siempre. Es una misma verdad que ha de ser proclamada, recordada y actualizada. Es algo que ocurrió una vez y para siempre, y al tiempo algo que ha de seguir haciéndose real a través de los años y las vidas. Lo que comenzó en Jesús se convierte en una onda expansiva que atraviesa los siglos y que atrae toda la historia hacia sí para envolverla al final. Y de todo lo ocurrido en Jesucristo lo central, lo fundamental, es ese dinamismo entre la muerte y la Vida, la cruz y la Resurrección, el pecado que mata y el amor que vence.

Y en esa conmemoración, evocación y actualización es muy importante la dimensión colectiva y ritual expresada en la Semana Santa. La liturgia aparece aquí, especialmente, como celebración y diálogo, como espacio de oración y de proclamación de una verdad que sigue siendo buena noticia. Ahora bien, ¿cómo celebramos estos días?

Una precisión necesaria. La liturgia cambia con el tiempo

¿Siempre se ha celebrado del mismo modo la Semana Santa? Está claro que no. También la liturgia tiene su historia, y sus expresiones van siendo reflejo de diferentes momentos, sensibilidades y acentos teológicos[1]. La Pascua judía veterotestamentaria dio paso, en la fe de las primeras comunidades, a otra celebración en la que parecía haberse dotado de nuevo sentido a ese paso del mar Rojo. La nueva víctima era Cristo, y su sacrificio era la llave de la salvación. A medida que en los primeros siglos se iba clarificando el credo también se iban cargando de matices los significados de esta muerte y resurrección de Jesucristo. Entre los siglos II y VI la pascua cristiana se caracteriza por tener un carácter penitencial muy marcado, y por la diferenciación entre una corriente oriental que acentúa el viernes por ser el día señalado en el evangelio de Juan, y otra occidental más centrada en la eucaristía celebrada en las primeras horas del domingo, en conmemoración de la hora de la resurrección. A partir del siglo VI se van diversificando los rituales y la liturgia se va enriqueciendo con multitud de gestos: el lavatorio de los pies (ya atestiguado a mediados del siglo V en Jerusalén), el uso del fuego (testimoniado en Roma a finales del siglo IX), la procesión eucarística (siglos XIII-XIV), la entrada solemne de la cruz que termina convirtiéndose en una representación visible de lo narrado, el via crucis... El acento puesto en la institución de la Eucaristía –el Jueves Santo– llevó a que la eucaristía pascual perdiese la centralidad que sin duda debería haber tenido. En definitiva, una infinidad de detalles y gestos que llevaron al triduo a ir cargándose de significados, pero perdiendo esa dimensión de conmemoración unitaria del misterio pas-

1. Para una relación pormenorizada de la evolución de la liturgia pascual, E. ALIAGA, «El triduo pascual», en (Dionisio Borobio [dir.]) *La celebración en la Iglesia,* vol. 3, Sígueme, Salamanca 2000, 99-127.

cual. Fue el movimiento litúrgico impulsado por Pío XII el que comenzó a reconquistar la unidad y sentido del Triduo Pascual, y este impulso facilitaría la reforma del Vaticano II, que llevará a la formulación del triduo tal y como lo conocemos ahora, en el Misal de Pablo VI de 1970.

El año litúrgico. ¿Cuestión de sentimientos?

No vamos a centrarnos aquí en esa historia milenaria, más bien trataremos de hacer una radiografía del momento presente, de la manera en que hoy en día intentamos celebrar, del sentido que tiene para nosotros esta vivencia de la Semana Santa, y cómo se inserta hoy en día dentro de nuestro año litúrgico.

Año a año, ciclo a ciclo, se despliegan los tiempos litúrgicos en nuestra historia. Nos aproximamos a esa verdad revelada en Jesucristo desde diversas perspectivas; y en consecuencia, con diversos acentos. El adviento, con su énfasis en la esperanza y la preparación ante un Mesías que parece estar en camino, da paso a la alegría de la navidad por el Misterio encarnado en un niño. Tras ella comienza el tiempo ordinario más cotidiano, que al poco nos introduce en la necesidad de conversión con que se afronta la cuaresma. Una conversión que nace de asumir que el evangelio no es fácil, tiene una dosis de exigencia que no se puede eliminar, y ante ello uno ha de reconocer todas sus limitaciones y resistencias. La Semana Santa es tiempo de contemplación del misterio pascual en toda su densidad, y desemboca en el júbilo de la pascua, en que la resurrección, pujante, proclama su palabra definitiva. Y de vuelta al tiempo ordinario, en que la vida se hace cotidianeidad y la fe se vuelve hábito.

Hubo una época en que me dejaba perplejo esta asociación de tiempos litúrgicos y estados de ánimo. Parecía que era de recibo vivir la esperanza en diciembre y la severidad en marzo. Parecía necesario estar lleno de gozo en las semanas pascuales, y exultar por la presencia del Espíritu en Pentecostés. Sin embargo, esto plantea ciertos problemas cuando tu estado de ánimo no coincide con el que supuestamente corresponde. Y me veía a veces triste en adviento y feliz en cuaresma, desanimado en pascua y eufórico en lo más anodino del tiempo ordinario. Y ello me llevaba a intuir que esto de la liturgia no hablaba de un menú de sentimientos subjetivos de temporada.

El año litúrgico. Cuestión de conocer al Dios de Jesús

Los tiempos litúrgicos no hablan de uno mismo ni de tus estados de ánimo. Hablan de Dios, el Dios de Jesús, y cuentan una historia en la que, una y otra vez, nos acercamos a Dios. Y lo hacemos desde donde estamos cada uno, desde nuestra alegría o nuestro dolor, desde nuestra calma o nuestra agitación. El adviento habla de un Dios que busca desesperadamente responder a los suyos. La navidad fascina con su presentación de un Dios encarnado con una lógica distinta: el Príncipe en un pesebre, el rey adorado por los pastores, el Dios omnipotente hecho bebé desvalido, el inocente perseguido, que sin embargo es reconocido por los sencillos. La cuaresma nos habla de un Jesús que, en su proclamación de una buena noticia que no es fácil de anunciar, ha de afrontar la tentación, la incomprensión, la soledad y la incertidumbre. Y esto desemboca en una entrega definitiva y en una síntesis formidable: el Triduo Santo que nos introduce en el corazón del Misterio Pascual, ese punto en el que confluyen muerte y vida, llanto y gozo, fracaso y triunfo, pasión y Resurrección, ese espacio definitivo en el que la lógica del evangelio se muestra aplastante. El tiempo pascual permite gustar despacio, a lo largo de varias semanas, la palabra definitiva, el «sí» de Dios, el triunfo de la vida y de esa lógica que ha trastocado los esquemas.

El año litúrgico. Cuestión de tiempos y diálogo

Ahora sí podemos aventurar un paso más. La liturgia, con su ritmo narrativo, no es un monólogo ni un puro mecanismo, sino un diálogo constante entre un sujeto que celebra y una Palabra Viva, un Dios que sigue exponiéndose.

Es un diálogo con varios tiempos entrecruzados. No sé si la imagen de las muñecas rusas, todas iguales y al tiempo cada una integrada en otra un poco mayor, puede ser suficientemente expresiva. En realidad nuestra liturgia, puntualmente, nos ofrece muchos espacios en los que toda la historia de salvación está contenida. Quizás el más significativo de dichos espacios sea la Eucaristía. En ella actualizamos el sacrificio fecundo del hombre justo, esa muerte que da paso a la Vida y esa entrega que se muestra rica en su desposesión. En la Eucaristía expresamos la hondura y la densidad de la salvación cristiana. Y en ella, de alguna manera, está contenido todo lo fundamental. De ahí la

insistencia en que se convierta en algo que integra nuestras rutinas, la vida del creyente, etc.

Esta centralidad no es incompatible con la posibilidad de volver sobre esa misma verdad de un modo más reposado, más contemplativo. En una cadencia más lenta que nos permite prestar atención al detalle, gustar con atención todos los elementos que integran este cuadro fascinante, trágico y pleno que es el Misterio Pascual. De ahí el desgranar a lo largo de todo el año esa historia de salvación en diversos tiempos. Y ahí cobra todo su sentido la celebración del triduo pascual.

Esta celebración tiene algo de personal y algo de comunitario. En lo individual, es uno mismo el que se asoma al misterio pascual. El que deja que la Palabra Viva siga haciéndose presente, que le toque de una forma única y distinta. Nadie puede sustituir los ecos personales que suscita el contemplar el amor fraterno, la entrega del hombre justo, el sufrimiento del inocente que acepta su cruz por amor, y la promesa que se convierte en realidad ante un sepulcro vacío. Esa historia, como tal historia, ya la conocemos. Sin embargo, la fe no es una pura experiencia intelectual. Nuestra vida, que también es vida espiritual, supone dejarse afectar por esta historia que habla a nuestra realidad y nuestro presente hoy. Supone dejar que en nuestro interior resuene esa historia hecha de heridas, de promesas y de abrazo. Y en ese resonar, permitir que se abran algunas puertas, se caigan algunas defensas, se iluminen aspectos de nuestra vida... para volver una y otra vez al mismo ciclo, que va calando más hondamente. En ese diálogo la Pascua es nueva cada vez, porque mi vida va cambiando.

Al tiempo es un diálogo comunitario. Hay muchas cosas que uno no puede celebrar solo, aislado como un anacoreta en el desierto, desvinculado de una comunidad. Porque nuestra fe también es social, supone establecer vínculos, estrechar lazos y expresarnos juntos. La mayoría de nuestras liturgias son comunitarias, tienen sus ritmos, sus actores, sus momentos. Una comunidad celebra y en ella hay distintos carismas. Un único cuerpo que habla con distintas voces. En este diálogo la Buena Noticia pascual no es una comunicación exclusivamente personal, sino también una expresión colectiva. Y de ahí la densidad comunitaria del triduo. Mucho de lo que expresamos y celebramos en esta liturgia no podríamos hacerlo con el mismo sentido aisladamente, y evoca experiencias muy básicas de la vida cotidiana: la comensalidad expresada en la cena; la necesidad de aliento en la dificultad; el

servicio como forma de alzar al desvalido; la continuidad de una historia de salvación que sigue haciéndose verdad hoy en un pueblo vivo...En este contexto somos invitados a mirarnos unos a otros, y descubrir lo que nos une, percibir los vínculos fuertes que se convierten en red poderosa que protege, elevar nuestra voz que no es una, sino muchas, que hablan con múltiples acentos, desde distintas situaciones, pero con una misma sed.

El Triduo

¿Qué celebramos en la Semana Santa? ¿Qué contemplamos? ¿Qué dejamos que, lentamente, a través de gestos comunes y de una contemplación invididual, en oficios o procesiones, en la celebración compartida o en la oración y la reflexión individual nos toque profundamente?

El servicio. El Jueves Santo la liturgia recoge preciosamente el lavatorio de los pies como expresión de una lógica alternativa, la de quien, siendo el primero, se ciñe una toalla a la cintura, lava los pies a los suyos y les invita a hacer lo mismo. ¿Qué hace este gesto tan denso? La inversión de categorías, donde el grande se hace pequeño y enaltece a los humildes. La gratuidad de un gesto aparentemente innecesario. La llamada a vivir desde esa misma lógica. En un mundo en que parece que el gran éxito en la vida es ser servido, esta llamada a lavar los pies polvorientos del amigo resulta, cuanto menos, una provocación.

La fraternidad. También el Jueves Santo explicitamos la celebración del amor fraterno. Recorremos partes de la oración de Jesús en el evangelio de Juan, nos sentimos amigos y no siervos. Compartimos una misma mesa, y en ese gesto nos encontramos llamados a vivir en plenitud. Nos reconocemos hijos de un mismo Padre, y, en consecuencia, hermanos. La comensalidad, propia de lo celebrativo en todas las culturas, se explicita aquí como hermandad, como la experiencia de estar vinculados por un amor común que recibimos incondicionalmente.

La entrega eucarística. Dar la vida no es morir, sino vivir de una manera determinada, dándose día a día –hasta la muerte si hace falta. Esto

es lo expresado definitivamente en la Eucaristía. El darse sin reservas. El com-partirse para los otros. El derramarse de una manera fecunda. Ese es el sacerdocio de Jesús, en el que la entrega es de uno mismo. Y es también ese sacerdocio el que conmemoramos el Jueves Santo.

Las encrucijadas vitales. La hora santa, con su evocación de la agonía de Jesús en el Huerto, es un precioso reflejo de nuestras propias incertidumbres. A veces por cosas muy cotidianas. En otros momentos por la necesidad de tomar decisiones trascendentales... el hecho es que en ocasiones también nosotros pasamos por esas vacilaciones. A Jesús lo acompañamos en una situación límite. Le vemos en la tesitura de huir o seguir, de resistirse o ser coherente con aquello que lleva proclamando con su vida durante largo tiempo, de rebelarse o aceptar lo que viene. Y en su respuesta valiente vemos también un reto y una llamada para nuestros propios dilemas, para las situaciones en que hemos de optar, para tantas veces en que a la luz del evangelio nos sentimos urgidos a algo difícil.

El sufrimiento y la soledad. Todo el Viernes Santo es un día árido. Viendo a Jesús juzgado por los poderes religiosos y políticos de su época, abandonado por muchos de sus amigos, nos asomamos al dolor. Acompañando a Jesús camino de la cruz (Via Crucis), nos toca intuir la indiferencia de unos, la compasión de otros... A veces nos sentiremos como ese Cirineo que carga con la cruz, y otras como Verónica que seca el rostro de Jesús. Podemos reconocernos en un gobernador romano más pendiente de lo conveniente que de lo justo. Tal vez estemos escondidos, entre la muchedumbre, temerosos de ser señalados como amigos de este criminal sin delito. O quizás nos asomemos, de puntillas, al dolor y al abandono en que parece estar sumido Jesús. Y en el camino, también reconocemos nuestras propias cargas, algo que nuestro mundo no nos prepara demasiado para vivir. Hoy en día, cuando parece que en todo momento hay que «estar bien», la contemplación de la agonía del Justo resulta un desafío y una escuela.

La cruz. La adoración de la cruz el Viernes Santo, tras haber escuchado la lectura de la Pasión, es uno de los momentos más significativos de la liturgia. No adoramos un trozo de madera, ni prestamos macabra reverencia a un instrumento de muerte. Para nosotros la cruz es mucho más que eso. Es el espacio donde se abrazan las víctimas y su libera-

dor. Es el lugar donde los que padecen, por la injusticia, por el odio, por el mal que atraviesa nuestro mundo, se encuentran con el inocente que viene a salvarlos. La cruz nos habla de un dolor que atraviesa nuestro mundo. Nos invita a alzar la mirada con honestidad y percibir las fisuras y las heridas que golpean y mutilan. Nos habla de fracasos y de rechazo, de pecado y de un Dios que parece callar.

La espera. El sábado santo es el tiempo del silencio y la espera. Cuando parece que nada puede pasar. Cuando lo que queda es la nostalgia por lo que parece perdido, y la incertidumbre ante lo que pueda llegar. Tiene mucho de rutina y hábito. Tiene mucho de confianza sin pruebas. Es creer sin saber, anhelar sin exigir, buscar sin plazo. Es el tiempo de los discípulos asustados, de María Magdalena inquieta... el tiempo de calma insegura de quienes le han condenado. Muchas veces nosotros mismos podemos vivirnos en este tiempo... cuando las heridas son lejanas, pero la cura no termina de llegar; cuando la esperanza parece estrellarse con la realidad; cuando el dolor ya no quema, pero sigue ahí, cuando la ilusión parece domesticada o rendida.

La Vida. Y entonces llega la palabra definitiva de Dios. «No busquéis entre los muertos al que vive». Hasta aquí hemos ido asomándonos a una historia que parece tremendamente exigente, trenzada con dolor, con cruz, con encrucijadas en las que no es fácil elegir lo que parece correcto. Podría decirse que todo invita hasta aquí a una seriedad definitiva, a una solemnidad absoluta y a una circunspección inevitable. Sin embargo es la celebración de la resurrección lo que ilumina con fuerza invencible todo lo anterior. La palabra última de Dios es una palabra de vida. La muerte no ha vencido al Justo. La cruz está vacía, y las víctimas de la historia están desclavadas. Hablamos entonces de salvación y de liberación. La sombra y la tiniebla dan paso a la luz, la noche al día, el llanto al júbilo.

A veces es más fácil sentirse en sintonía con lo que hemos celebrado los días anteriores, y parece en cambio lejana esta alegría imbatible. Parece que es más posible empatizar con la experiencia de la soledad o el dolor, y cuesta más el salto de fe hacia la afirmación definitiva de la resurrección. Y, sin embargo, es la clave de todo el edificio, la única que le da sentido a todo lo anterior, al servicio sin condiciones, a la entrega radical, a la soledad o a la cruz.

Conclusión

Al acercarse estas fechas, una vez más, nos disponemos a celebrar. No es lo de siempre, porque cada vez somos distintos, o llegamos con una carga diferente. Porque un año estamos heridos, y al siguiente nos sentimos pletóricos, unas veces nos toca celebrar cansados, otras exultantes y otras envueltos en el ritmo cotidiano, sin tiempo para grandes emociones. A veces tenemos preguntas y otras una fe calmada. Un año la vida nos sonríe y otros parece que el mundo conspira contra uno. Y Dios, en su historia, nos toca de manera diferente

Y por eso, esa misma verdad del evangelio, esa lógica del Reino que se nos presenta en historia milenaria, el Dios que en Jesús sigue dando su vida por enfrentarse al pecado que mata, y que al final se alza vencedor, es noticia nueva. Y toca nuestras vidas, y nos enseña a leer el mundo y sus historias. Seguiremos recibiendo un pan de vida que se da por nosotros, y en el lavatorio se nos lavarán los pies a todos mientras se nos invita a hacer lo mismo. Tal vez al contemplar los pasos procesionales que otros hombres esculpieron hace siglos, descubriremos en ellos detalles de una historia nueva. Adoraremos una cruz donde las víctimas son desclavadas, y en el fuego de una hoguera arderán las miserias, una vez más vencidas. Nos lavaremos de nuevo en un agua viva. Escucharemos la historia de la salvación, que enlaza con nuestras historias, y sentiremos que la última palabra de esa historia es una palabra de Vida. Y todo ese proceso nos hablará de nuestras luchas y nuestros miedos, de las noches oscuras y las encrucijadas que jalonan nuestro camino, nuestras traiciones y nuestras valentías.

Volveremos a ser Pedro asustado o María herida, Juan fiel o Judas obcecado, Pilatos lavándose las manos o Caifás rasgándose las vestiduras; seremos Cireneo cargando con nuestra porción de cruz o Verónica consolando al Justo humillado. Y, tal vez, como el centurión ante la cruz, abriremos los ojos al reconocer que este inocente entregado, este justo ajusticiado es, en verdad, el Hijo de Dios. Seremos, en fin, Magdalena sorprendida y alegre o caminantes inciertos hacia un Emaús de encuentro y reconocimiento.

Y en ese proceso de nuevo nos sentiremos abrazados por un Dios que nos llama y nos levanta con él, un Dios que vacía los sepulcros y reconcilia a la humanidad consigo. Y todo estará bien.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

JOHANN BAPTIST METZ
Memoria passionis.
Una evocación provocadora en una sociedad pluralista
272 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 19,50 €

J.B. Metz, que intenta vincular de una manera nueva mística y política, cristianismo y relevancia pública, insiste en que, contra el mito posmoderno de la inocencia, es necesario hablar de Dios sin perder de vista la historia de sufrimiento del mundo. Contra la amnesia cultural de las sociedades avanzadas, Metz lucha por una *memoria passionis* de raigambre bíblica y por «mantener el clamor en la memoria y ponerle plazo al tiempo». De ahí que considere aciaga la creciente auto-privatización del cristianismo y de la Iglesia en el seno del constitutivo pluralismo que hoy caracteriza a la esfera pública y que, en el debate sobre Europa, se oponga a una Europa laicista.

ST 95 (2007) 209222

Semana Santa y religiosidad popular

Carlos AMIGO VALLEJO*

De lo popular, de la cultura y, sobre todo, del misterio de la fe se nutre la llamada religiosidad popular, que se presenta ente nosotros en formas tan ricas y variadas. Las vivencias personales son tan íntimas, y tantas las maneras de expresarlas públicamente, que no podemos hablar de un modelo único, sino de formas muy diferentes de religiosidad popular, aunque existan no pocos elementos esencialmente comunes, como pueden ser la fe que la sustenta.

La Semana Santa suele ser el momento de mayor intensidad en la expresión de la religiosidad popular. Pero también hay que admitir notables diferencias entre unas y otras «Semanas Santas». En algunas regiones, desborda por completo los grandes días del Triduo Pascual y se proyecta durante todo el año. En otros lugares, se pone en marcha las vísperas del domingo de Ramos y concluye con la procesión del Resucitado.

Junto a la religiosidad popular tenemos que poner a las Hermandades y Cofradías, con una gran diferencia en cuanto a historia, número de hermanos, influencia social, situación canónica, participación en la vida de la Iglesia... Es evidente que ni se puede reducir la religiosidad popular a las Cofradías ni se puede prescindir de ellas, pero ciertamente no coinciden plenamente. Las Hermandades de Semana Santa tienen un especial protagonismo no sólo en esos días sacros, sino durante todo el año. Religiosidad popular y Semana Santa son, pues, inseparables, aunque haya otras formas de expresar lo religioso que no

* Cardenal Arzobispo de Sevilla. <Secarzobispo@terra.es>.

tienen relación alguna con la Semana Mayor. Valores y virtudes, aspectos negativos y distorsiones irán apareciendo. Al final trataremos de ofrecer unas líneas de orientación pastoral.

Religiosidad popular

Sin pretenderlo, quizá ya hemos marcado una diferencia fundamental en algunos términos que, probablemente, necesitan más explicación. «Religión» y «pueblo» denotan la unidad más interior que expresiva, más silenciosa en la vivencia. La religiosidad popular es un desbordarse colectivo de expresiones compartidas en las que parece triunfar lo estético sobre los contenidos, la religiosidad sobre lo religioso, la manifestación sobre el misterio de fe que se celebra.

El apego a las tradiciones, el sentido de lo popular, los fuertes arraigos familiares... son elementos comunes que se repiten en uno y otro lugar. El pueblo vive y expresa su fe conforme a su propia idiosincrasia, a su lenguaje, a su forma de ser. La cultura es como el imprescindible vehículo en que se expresan las vivencias de los hombres. Pero de ninguna manera se confunde el instrumento con el contenido de la palabra que a través de él se dice. Ni la fe con la cultura, ni la religión con el folclore. Aunque la vivencia de lo religioso haya dado motivo y ocasión para expresiones culturales ciertamente respetables y bellas.

Como nos dice Juan Pablo II, es en la realidad concreta de cada Iglesia donde el misterio del único Pueblo de Dios asume aquella especial configuración que lo hace adecuado a todos los contextos y culturas. Este Pueblo de Dios que vive en Sevilla es el que celebra los misterios de su Señor con fe ardiente y caridad, a pesar de tantas limitaciones como ponen nuestras propias debilidades y olvidos humanos.

En el pensamiento y magisterio de Juan Pablo II hay unos criterios muy precisos acerca del valor de la cultura, tanto en su dimensión personal como en el desarrollo de los pueblos. «La cultura es la vida del espíritu; es la clave que permite el acceso a los fondos más celosamente guardados de la vida de los pueblos; es la expresión fundamental y unificadora de su existencia, porque en la cultura se encuentran las riquezas, yo diría casi indescriptibles, de las convicciones religiosas, de la historia, del patrimonio literario y artístico, del sustrato et-

nológico, de las actitudes y de la *forma mentís* de los pueblos. [...] Se puede decir que la cultura es el fundamento de la vida de los pueblos, la raíz de su identidad profunda, el soporte de su supervivencia y de su independencia» (JUAN PABLO II, *Discurso al Cuerpo Diplomático,* 12-1-81).

No puede negarse una recíproca influencia entre la fe y la cultura. Pero no hay que confundir ni separar las expresiones culturales con el misterio de fe que las sustenta. Así lo comprende y así lo vive el pueblo. En esa piedad cristológica y popular no puede sino expresarse la profunda vivencia del mensaje evangélico que se ha metido en la genuina cultura del pueblo. Esta piedad popular es un lugar privilegiado para el encuentro de los hombres con Cristo vivo. Será necesario, desde luego, el trabajo de un continuo discernimiento pastoral para lograr que contenidos, signos y tradiciones tengan el criterio de autenticidad en el testimonio de una sincera conversión a Dios y en la práctica del amor cristiano. En este discernimiento habrá que prestar mucha atención a ese pueblo que mira sus propias manifestaciones religiosas como escuelas donde aprender y donde enseñar a las nuevas generaciones. La cultura, el hacer de los pueblos, sus tradiciones y fiestas recibieron el evangelio y lo pusieron como levadura en los hondones de sus mejores esencias.

Valores religiosos y razones sociales

La forma como la Iglesia expresa el misterio de Cristo, igual que el tema religioso en general, es amplia, compleja, vivida en mil formas diferentes, tantas como son las situaciones culturales en que viven los hombres. La fe, siempre la misma. La religiosidad popular expresa la profunda vivencia del mensaje evangélico que se ha metido en la genuina cultura del pueblo. En ella encontramos indiscutibles y apreciables valores humanos. Un lenguaje propio que expresa, con su peculiar vocabulario, gestos y normas de comportamiento y que define un estilo característico. Expresiones significativas en las que se manifiestan convicciones profundas y creencias mantenidas a lo largo de los siglos. Una indiscutible capacidad de comunicación que llega a los ámbitos más distintos, crea interés y es fuerza de convocatoria y de participación social del pueblo sencillo. Las manifestaciones exteriores son sin-

ceras, inmediatas, contagiosas, emotivas, con un fuerte arraigo familiar y vinculaciones generacionales.

Es evidente que la Semana Santa refleja notables valores culturales. Raíces y tradiciones se viven intensamente y salen a la calle en costumbres y modos de hacer sumamente hermosos: arte, música, literatura... La pasión y muerte de Jesucristo es uno de los capítulos más importantes en la historia de nuestra cultura. Pero la Semana Santa, con sus indiscutibles valores sociales, antropológicos y culturales, carecería de sentido si no fuera expresión sincera de los misterios de la fe pascual que están en la entraña de la celebración. No debe confundirse el retablo con el misterio religioso que en él se representa.

Junto a la vivencia religiosa está siempre metido el amor a la familia, a la tradición, a lo que se hiciera siempre, aunque cada año sea nuevo y distinto. La tradición está en conservar lo auténtico, lo original, lo verdadero. Lo nuevo está en esa manera irrepetible de vivirlo. Ésta es la diferencia entre el recuerdo y la memoria. El recuerdo es imagen que pasa de nuevo por los ojos. Es como la repetición de escenas ya vistas. En Semana Santa, recordar es vivir la misma vida de Cristo. Hacer memoria no es repetir, sino actualizar.

Entre las primeras y más fundadas razones, y siempre imprescindibles, están las religiosas, las de la fe. Adentrarse en el misterio y vivirlo. No como ensoñación y escape a la esfera de lo incomprensible, sino como vivencia profunda y convencida de que lo misterioso no es oscuro, sino grande; no tanto inaccesible cuanto inabarcable. En las celebraciones de Semana Santa hay un lenguaje, una liturgia y unos ritos que acercan a los contenidos de la fe. Con ese acompañamiento de la creencia se explican tantas cosas que, de otra forma, no tendrían razón alguna de existir. Para el creyente, para el cristiano, la Semana Santa es memoria del gran acontecimiento redentor obrado por nuestro Señor Jesucristo.

También hay personas que se acercan a la Semana Santa, sin excluir los valores religiosos, desde el interés meramente antropológico, cultural, estético y costumbrista y considerando la fiesta como un fenómeno social. Imágenes, música, celebración y fiesta tienen su valoración y motivo para estar atentos a este singular y hermoso acontecimiento que es la Semana Santa.

Se dice que la Semana Santa hay que vivirla con todos los sentidos. Ver a Cristo en sus gestos, en su rostro herido. Oír las palabras del

Señor, que hablan de sumisión a la voluntad del Padre. Tocar las heridas del Crucificado y hacer nuestro su dolor en el sufrir de tantos hermanos como sienten el peso diario de la cruz.

La Semana Santa es un tiempo de gracia. De buen espíritu cristiano. De una catequesis pública de lo que son los misterios de la redención. Así es como entendemos y vivimos la Semana Santa: como la celebración del misterio pascual, de la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

Una piedad tan cristológica y popular no puede sino expresar la profunda vivencia del mensaje evangélico que se ha metido en la genuina cultura del pueblo. Esta piedad popular es un lugar privilegiado para el encuentro de los hombres con Cristo vivo. Será necesario, desde luego, el trabajo de un continuo discernimiento pastoral para lograr que contenidos, signos y tradiciones tengan el criterio de autenticidad en el testimonio de una sincera conversión a Dios y en la práctica del amor cristiano. En este discernimiento habrá que prestar mucha atención a ese pueblo que mira sus propias manifestaciones religiosas como escuelas donde aprender y donde enseñar a las nuevas generaciones.

Imagen y Palabra

La imagen conduce a la oración. Y con la imagen llega el mensaje y contenido de la fe; con el retablo, el evangelio. Pero el pueblo sabe muy bien distinguir el camino de lo que es el santuario; el signo, del credo de la fe; la representación, del misterio representado. No puede dudarse del gran valor catequético de la imagen. Es como un libro que facilita el que muchos puedan leer unos textos a los que no van a tener acceso de otra manera.

Las imágenes son una escuela donde se aprende a vivir el encuentro con Cristo. «El Señor» es el único que salva. Igual que los enfermos y los pobres se acercaban a Cristo pidiendo la curación y el remedio, así lo hace la gente sencilla ante la imagen del Señor.

Durante toda la Semana Santa, la calle se llena de bellas imágenes, acompañadas de la devoción de muchos, del respeto silencioso de otros, de la curiosidad de no pocos. La imagen habla de aquello que representa. Y quien contemple la imagen del Señor, de la Virgen o de los santos debe hablar con el misterio –que eso es oración– hermosamen-

te representado en las imágenes. Si las imágenes son queridas, no es tanto porque sean bellas cuanto porque expresan el amor del misterio en el que se cree.

Tan equivocado es el camino de quien ve la imagen, y en la imagen termina su andadura y pone allí su casa, como el de quien intenta olvidarse de los sentidos, creyendo que solamente así puede encontrar a Dios. La representación ha de llevar al encuentro con el original representado; la imagen, al misterio de la fe. Después brotará la oración sincera y el deseo de ser imagen viva entre los hombres de Aquel que ha sido tan bellamente representado en lo sensible.

Carencias y desvíos

Consumismo y secularización roban el alma de las cosas. Les quitan la razón de ser y el sentido religioso. Cambian la persona por el ropaje, la fiesta por el adorno, la fe por la cultura, el misterio por la apariencia. Pues en los pagos del laicismo no cabe la referencia a Dios, a lo trascendente, a lo religioso.

La Semana Santa y las celebraciones populares en general deben soportar ese incontenible alud consumista, bien orquestado por la publicidad, al que poco o nada interesa el contenido religioso. La Navidad se ha convertido en «las fiestas», la Semana Santa en un capítulo de los fastos «de primavera». Los demás días santos, en puntos de apoyo para «puentes» y vacaciones.

Todos los años, al llegar la Semana Santa, se repite la misma cantinela. Se oirán otra vez los hueros discursos culturalistas buscando motivaciones extrañas a lo evidentemente sencillo. Querrá el horizontalismo secularista empeñarse en dejar tendidos en el suelo convencimientos y oraciones y no dejarlos subir a la trascendencia. La sacramentalidad de lo sagrado se llamará «fenomenología». Y la liturgia, «ritualismo». La tradición quedará en «costumbre repetida», y la sinceridad religiosa en «exhibición para visitantes en días de vacación». Igual que en otras cosas, también ha querido hacerse una Semana Santa civil. Pongamos la fiesta y quitemos la fe. Vistamos al nazareno y desnudemos al creyente. Hagamos música y desfile, pero olvidemos cruz, penitencia, resurrección y pascua.

La Semana Santa es igual hoy que la del año en que Cristo subía a la cruz y resucitaba de entre los muertos. Muchas cosas han cambiado. Cristo y la fe en su resurrección permanecen. Habrá, sin embargo, que prestar atención a lo de los tiempos y los modos, no sea que desvirtuemos la verdad en el empeño de hacerla coincidir, no con lo que es su identidad y esencia, sino con el afán de que se convierta en mentira con tal de que se acomode al gusto del momento y a lo relativo y fugaz de la moda. Otra cosa distinta es el lenguaje en gestos y en palabras, que ha de ser claro y asequible. Y las obras, que requieren credibilidad suficiente para que se reafirme la coherencia entre el discurso y el comportamiento.

La comunidad cristiana, en Semana Santa, no puede claudicar ante la pretensión de adaptarse al gusto social. La obra de evangelización nunca consiste sólo en adaptarse a las culturas, sino que siempre es también una purificación, un corte valiente, que se transforma en maduración y saneamiento, una apertura que permite nacer a la «nueva criatura» (2 Co 5,17; Ga 6,15) que es el fruto del Espíritu Santo. (BENEDICTO XVI, *Discurso a la Asamblea Eclesial de Verona,* 19-10-06).

Nuestra Semana Santa

Suele decirse que la Semana Santa, en algunos lugares, dura cada uno de los días del año. Incluso, que todos los acontecimientos se pasan por el tamiz de la relación con las celebraciones religiosas y se cotejan y valoran según la tradición y el estilo peculiar de unas costumbres que afectan a creyentes y alejados, a los mayores y a las nuevas generaciones.

La Semana Santa es algo mucho más importante que unas fechas notables en el calendario. Son días en los que se hace actualidad ininterrumpida de los misterios de nuestra fe, sobre todo de los que acontecieron en los últimos capítulos de la vida de Cristo. Sin embargo, la historia de la salvación comienza con Dios y tiene su horizonte en un reino que no tendrá fin.

Es completamente inadmisible esa imagen de la Semana Santa que se ofrece, desde un agnosticismo populista, como simple producto cultural y folclórico. Se pretende capitalizar la fiesta robándole el contenido. Es el pueblo, no la fe. Es la cultura, no lo religioso. Es el arte y

la estética, no el misterio, lo que se vive y celebra. Así quieren justificarse los que sienten el deseo de participar y arguyen que no tienen fe.

La Semana Santa y cuanto con ella se relaciona es filón inagotable para las investigaciones y los estudios más diversos: cultura, arte, historia, literatura, música, religiosidad... De todo ello se habla y se escribe. Ahora bien, quien justifica esa espléndida realidad de la Semana Santa no es otra cosa que el misterio de la vida y la pasión de nuestro Señor Jesucristo, la insondable verdad de su muerte y de su resurrección gloriosa. Cualquier desviación de este centro y esencialidad significaría no sólo desvirtuar la realidad y quitarle su significado y esencia, sino, cuando menos, una imperdonable desconsideración con quienes creemos firmemente en Jesucristo muerto y resucitado y veneramos con fe al Hijo de Dios.

Otra cosa distinta, y siempre respetable, es el acercamiento a este acontecimiento religioso con legítimos intereses culturales. Incluso esos estudios pueden ser una ayuda para comprender y resaltar más la significación religiosa, nunca para suplantarla o para reducirlo todo a mero culturalismo.

Todos los días de la Semana Santa son como una gran catequesis con la que se hace resonar el misterio de Cristo en sus momentos más significativos, en los que lo humano y lo divino resplandecen de una manera admirable. Son los misterios de la salvación en los que Cristo, Redentor y Triunfador de la muerte, ofrece la profecía de su propia vida, muerte y resurrección como anuncio y promesa para todo aquel que quiera seguir el camino de la cruz.

La fe se expresa en un lenguaje vivo y total de palabras, gestos, música, imágenes y costumbres. Con sentido pascual, aunque parezca que predominan los contenidos penitenciales. Vivencia profunda del misterio de Cristo en multitud de títulos con los que se expresa una devoción sincera. Con el vivo lenguaje del culto, las imágenes, las procesiones..., llevan consigo toda la fuerza del convencimiento religioso, de la fe en Dios y en su hijo Jesucristo, entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación.

Cuando, en no pocos ambientes, se palpa una especie de extraño rubor en hacer referencia a lo religioso y se buscan «alternativas culturales» para soslayar el nombre de Dios, en Sevilla –particularmente en Semana Santa, aunque es práctica habitual durante todo el año– hombres y mujeres salen a la calle y hacen su recorrido penitencial acom-

pañando a las imágenes del Señor y de María Santísima. Siempre precede la cruz. La cruz de guía. Pues nada tendría sentido ni razón si no estuviera iluminado por esa cruz que marca el camino y acompaña.

Cada cual se acercará a la Semana Santa movido del espíritu que lleva dentro. Unos pedirán olvido de lo que juzgan ya terminado, otros tratarán de cambiarle el sentido religioso, otros hablarán de espectacularidad, belleza y estética sublime, desfiles y procesiones... Nosotros, con San Pablo, predicamos a Cristo crucificado, escándalo para unos, necedad para otros. Más para los que creen, fuerza de Dios y sabiduría de Dios.

De las falsificaciones a la autenticidad

Poner sobre la mesa del análisis la vivencia religiosa, como si de un simple fenómeno social se tratara, supone desconocer la naturaleza de aquello que se trata de estudiar. Lo religioso tiene unas motivaciones que escapan al análisis meramente sociológico, no encaja dentro de las líneas de conocimiento que marca lo antropológico.

El auge de las manifestaciones religiosas populares y el apoyo por parte de los poderes civiles coinciden con una disminución en la práctica religiosa comunitaria, en el compromiso social cristiano, en la fidelidad al magisterio de la Iglesia, en el comportamiento moral según el Evangelio. Todo ello podría indicar, de alguna manera, la elección del populismo religioso como sustitutivo de la relación con lo trascendente; una especie de religión civil sin credo, sin misterio, sin Iglesia, sin Cristo. Sin embargo, el pueblo es lo suficientemente sabio para saber guardar los contenidos esenciales de su fe, más allá de los intentos desvirtualizadores. En Andalucía y en Castilla y León, las diferencias son notables, aunque, como decíamos, más de expresión que de contenido. Así, en la religiosidad andaluza las manifestaciones externas de lo religioso son más variadas, más vivas, más efusivas, más explícitas. Tiene su propio lenguaje, que es rico, sonoro, con su propio diccionario. Todo envuelto en un barroquismo que al forastero le resulta complicado y puede oscurecer el contenido que hay detrás y dejarle en una valoración superficial. Para el andaluz, todo eso es natural y abundancia, no de lo efímero, sino de la profunda vivencia de lo que se lleva dentro, «no se puede aguantar» y se desborda al exterior.

La Semana Santa es estación de penitencia. Celebrar sin detenerse. Peregrinación continuada entre el manantial de nuestra fe y el santuario del Resucitado. No es desfile ni simple procesionar. Es la imagen viva del hombre que recuerda los misterios de su fe. Y lo hace con memoria viva de aquello en lo que cree. Pero, como hombre que es, para llegar al amor de lo invisible se ayuda de la imagen y de lo que ofrecen los sentidos. Y todo se hace bello, porque hermoso, aunque crucificado, es el rostro del Señor que ha retornado del sepulcro.

La Semana Santa es memoria de esa redención de Jesucristo. Apoteosis de la cruz, que no es apología del dolor, de la pena, de las lágrimas. Es exaltación del amor. Estación de penitencia en ese discurrir de todos los días de nuestra existencia. Pero la estación, en el recuerdo cristiano, es tránsito, llegada, oración y continuar el camino. Gozo de haber alcanzado una meta y principio de un nuevo caminar. Así será la vida: una continua peregrinación.

La Semana Santa es una fuente inagotable de la que pueden sacarse, para conocer y gustar, valores y esencias siempre nuevos, aunque haya mucho tiempo de historia en los hondones de este singular manantial. Unos, más que acercarse a la Semana Santa, la viven en la profundidad de su fe cristiana. Es la fe en el misterio de Cristo, muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación, la que les lleva a celebrar estos días con toda la intensidad que su unión con Cristo les demanda. Ésta es, sin duda, la motivación más auténtica y primera del ser de la Semana Santa. Sin el misterio de Cristo, no existiría esta manifestación religiosa.

Unas fiestas grandes para compartir lo que celebramos con la autenticidad de nuestra fe, viviendo las mejores y más queridas tradiciones, pero sabiendo muy bien que solamente una verdadera motivación de fe es la que puede dar autenticidad a unas manifestaciones exteriores que de otra forma quedarían en simples festejos culturales, aunque sumamente bellos.

Fe y cultura no pueden ser enemigos irreconciliables. Más bien, se necesitan y se ayudan mutuamente. La cultura es como el vehículo a través del cual el hombre expresa sus vivencias más profundas. La cultura religiosa, sin fe, carece de alma. Sería un signo sin contenido, una tradición sin vivencias que la sostengan, un misterio sin fe. Por el contrario, la fe da vida a la celebración, pone alma en lo sensible.

La Semana Santa se convierte para algunos en una especie de primaverismo con alambicados juegos de perfumes y coloridos, plenilunios y encantamientos, duendes y embrujos en los que el tópico literario se repite con aburrida insistencia.

Dios es la perfección de lo bello. El culto es honor que a Dios se tributa. No es extraño que las expresiones sean bellas, si a tanta belleza se dedican. Pero es Dios quien justifica, es a Dios a quien se mira. Que si la música es bella, más hermoso es el rostro del Señor a quien el cantor se la dedica.

Es un maravilloso y retorcido juego de muerte y de vida – proclaman otros– en el que luz y tinieblas, noche y alborear, pugnan por el dominio del solsticio. Aquélla, la muerte, luchará con sangre y espinas, cruces y capirotes. Ésta, la vida, con cirios y flores. Al final, el triunfo y la apoteosis de la luz y de la vida. Lo lúdico es motivación y final. La fiesta se hace justa y torneo, drama al principio y en el nudo, pero con feliz desenlace.

El Señor ha sido bueno con su pueblo. Y el pueblo hace fiesta en honor de quien tanta bondad le ha dado. La acción de gracias se hace gozo indescriptible. Es pascua renovada, es sentimiento de corazón agradecido a Cristo, vencedor de la muerte.

Todos los motivos son buenos, se pregona, si a la evasión conducen. La penitencia es como un extraño síndrome que hace gozo del sufrimiento. Provocar lágrimas y suspiros es buena catarsis liberadora de culpabilidades. La morbosidad está servida, y el evasionismo asegurado.

La pasión no es huida, sino amor. La Pasión de Cristo hace de la cruz yugo suave y carga ligera. El buen discípulo de Cristo lleva la cruz sobre sus hombros y el amor de su Señor en el corazón. La cruz no es muerte, sino esperanza. La penitencia no es dolor, sino arrepentimiento y confianza en el perdón.

La comercialización de un producto de esta categoría no es nada difícil. Turismo y masificación, publicidad y buenos y variados circuitos garantizan la afluencia al espectáculo. La Semana Santa se ha convertido, pues, en un producto más de la comercialización y el consumo.

Vimos su rostro, y tan desfigurado estaba que ni aspecto de hombre tenía. Pero sus heridas nos han curado. Contemplar la Pasión de Cristo es identificarse con el misterio redentor que significa. Su rostro maltratado no deja indiferente al hombre de fe, sino que le lleva a ser testigo del Crucificado en medio del dolor de los hombres.

Como la estética es sublime, la imagen de lo bello acapara la forma y mata o relega el contenido. Más que expresarlo, lo domina. Más que proclamarlo, lo anula. El esteticismo ahueca, vacía, deja sin sentido profundo la manifestación del misterio religioso.

Igual que la palabra es para el oído, la imagen es para la vista. Cristo es la palabra de Dios. La humanidad de Cristo es imagen que habla y dice los misterios de Dios. De la imagen visible trasciende el hombre al amor de lo que no ve. Pero lo que ama no es la copia, sino el original representado. Y el hombre que contempla la imagen debe transformarse en imagen de Cristo.

Una arraigada y presuntuosa mentalidad laicista quiere relegar cualquier atisbo de religiosidad al cementerio de los restos del pasado. Las costumbres tienen que ser hoy laicas. Y si así no lo son, el decreto, que no hace falta que sea escrito, hará que lo sean. Si las manifestaciones del pueblo aparecen como religiosas, lo serán como fruto de alienación e imperio de un oscurantismo interesadamente provocado por las clases dominantes, ya que el pueblo, por imaginario decreto, ha dejado de ser religioso.

Si hacéis callar a estos hombres, hablarán las piedras. Son palabras de la profecía. Quien habla es la fe. Pueden sellarse los labios, pero seguirá hablando el corazón si el alma está llena de amor. La fe es patrimonio de Dios. Y tan gran favor concedido al hombre, ningún otro hombre tiene derecho a sustraérselo o a impedir que lo vaya proclamando, como buena noticia, a todos los demás hombres.

Falsificaciones y autenticidad, pecados y virtudes, olvidos y recuerdos, debilidad del hombre y fortaleza de Dios que se dan cita en la misma celebración. La fe hará el discernimiento, y el amor de Cristo será el que vaya guiando el camino de los hombres. Nada de lo humano puede ser ajeno para el hombre. Pero entre todo lo humano, ninguna más sublime humanidad que la de nuestro Señor Jesucristo.

Un intento de acercamiento pastoral

Necesitamos sólidas «razones» para vivir y para esperar. En ningún lugar las encontraremos más claras y firmes que en la Palabra de Dios. Solamente con una sólida formación cristiana se puede vivir y desa-

rrollar un verdadero compromiso de acción en cualquier actividad de la vida cristiana.

Todo lo que podemos decir para subrayar la importancia de la formación será siempre poco. Pues no se trata únicamente de adquirir unos conocimientos más o menos necesarios para comprender nuestra fe y los distintos misterios en que la celebramos, sino para aprender a vivir como verdaderos cristianos.

Nuestras celebraciones no recluyen a la comunidad cristiana en el ámbito de su propia casa, sino que la hace salir al mundo y meterse en el corazón de la sociedad y sentir las heridas que el pecado, la injusticia y el desamor han causado y, con urgencia de responsabilidad, ayudar a que se realice esa verdadera civilización del amor en la que todo se transforme en Reino de Dios, que lo es de amor, de justicia y de paz. No podemos vivir la Semana Santa cómoda e irresponsablemente indiferentes a los desgarrones de la violencia, a las heridas de los inocentes, al hambre de los pobres...

La religiosidad popular tiene indiscutibles valores y contravalores: vida espiritual del pueblo y falta de compromiso; condición de cristianos y culturalismo sin Iglesia; caridad cristiana y abundancia de lo superfluo; celebraciones cultuales y desconocimiento de las implicaciones sociales; veneración de las imágenes y desplazamiento de las celebraciones litúrgicas; catequesis de las procesiones y falta de participación en el Triduo Pascual; devoción a la Virgen, y Cristo en segundo plano; fe de los humildes y falta de sacramentos; se recuerda la Pasión de Cristo y hay falta de conversión; se fomenta el arte y se reduce a un bien simplemente cultural... (cf. OBISPOS DEL SUR, *Las Hermandades y Cofradías,* 1987).

No tenemos que caer en la trampa de las dicotomías fáciles –o esto o aquello–, excepto, y en buena lógica, cuando se trate de elementos contradictorios: busquemos el ser, pero no con afanes perfeccionistas, sino por el honor de Dios y el servicio a nuestros hermanos. La religiosidad popular debe ser respetada y cultivada como una forma de compromiso cristiano con las exigencias fundamentales del mensaje evangélico; integrando la acción de las Hermandades en la pastoral renovada del Concilio Vaticano II, purificándolas de reservas ante el ministerio sacerdotal y alejándolas de cualquier tensión interesada o partidista. De este modo, esa religiosidad purificada podrá ser un camino válido hacia la plenitud de salvación en Cristo (JUAN PABLO II, Sevilla, 5-11-1982).

Frente a la ideologización y las manipulaciones habrá que poner de relieve el carácter religioso y eclesial, afirmar el papel del ministerio jerárquico, estar presente como Iglesia en la promoción de la religiosidad popular, predicar la exigencia de coherencia entre fe y vida que comporta la participación, evitar la manipulación política y la instrumentalización comercial.

Ni una actitud abandonista y destructiva y pastoral de desestimación y abandono, ni la conformista e inmovilista de ver el catolicismo popular como la expresión más fiel y segura de religiosidad. Es conveniente una actitud constructiva y renovadora: educar en la fe, el compromiso y las responsabilidades eclesiales y sociales, reafirmar el carácter religioso de las manifestaciones, denunciar las distorsiones, purificación de lo imperfecto, aprovechamiento de lo más válido como es la devoción a Cristo, la Eucaristía, el amor sincero a María, el asociacionismo, el interés juvenil, el sentido de lo festivo... Todo ello puede ser un camino para la evangelización y la catequesis (OBISPOS DEL SUR; *El catolicismo popular,* 26ss).

JUAN PABLO II, en su visita al Santo Sepulcro, daba la clave y el modo de celebrar la Semana Santa: «La tumba está vacía. Es el silencioso testigo del acontecimiento central de la historia humana: la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Durante casi dos mil años, esta tumba vacía ha atestiguado la victoria de la vida sobre la muerte. Con los Apóstoles y los Evangelistas, con la Iglesia de todo tiempo y lugar, también nosotros proclamamos: Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él» (26-3-2000).

ST 95 (2007) 223-236

Pascuas Juveniles: balance y prospectiva de una actividad pastoral con hondas raíces

Severino LÁZARO PÉREZ, SJ*

1. La Semana Santa: un misterio de fe al servicio de la vida

La lejanía en el tiempo de los hechos que se celebran, el tinte vacacional y festivo que la Semana Santa ha tomado en nuestra sociedad y el poco interés que despierta por lo general la posible verdad que encierran los misterios de la fe cristiana son algunas de las causas que explican el bajo número de jóvenes, y no tan jóvenes, que se atreven a vivir esos días en clave de «Pascua Juvenil».

La religión en nuestros días se siente más urgida que nunca a recuperar el hilo de memoria que la conecte a la fuente de donde brota la vida que ella pretende transmitir a los hombres. Vivimos tiempos difíciles para lo religioso, y los tiempos difíciles suelen nublarnos la vista, poniéndonos delante las dificultades y no dejándonos apreciar que toda crisis tiene su lado positivo, incluso para la fe, al librarla de añadiduras y enfocarla de nuevo a su centro y origen.

¿Qué es lo que se esconde en la Semana Santa? El misterio central de una vida, la de Jesús de Nazaret, que en muy poco tiempo tuvo un efecto salvador y transformador para muchas personas. Todas ellas encontraron en Él las fuerzas necesarias para vivir la vida en toda su plenitud. Los primeros que sufrieron esa transformación, como efecto de la experiencia pascual, fueron sus discípulos.

¿Cuál es la novedad de esta propuesta de vida que se encierra en el misterio pascual? Se trata de una propuesta de vida en plenitud, pero que tiene la cualidad de no volver la espalda a las historias de sufri-

* Trabaja en Pastoral Juvenil. Valladolid. <sevelazarosj@yahoo.es>.

miento y de muerte que a menudo la salpican, sino de integrarlas superándolas e invirtiéndolas desde su raíz. Que el aprendizaje de esta vida fue largo nos lo revela, por un lado, el fracaso que Jesús cosechó en vida instruyendo a sus discípulos, pues todos huyeron dejándolo solo ante la muerte; y, por otro, la constante presencia de los signos de la pasión con que el Resucitado se les aparece. Es como si Jesús, lo que no consiguió en vida con ellos, quisiera volvérselo a explicar después de muerto: el Resucitado es el Crucificado. Sólo gana su vida el que elige libremente perderla; sólo resucita a la vida verdadera aquel que consiente libremente todo tipo de violencias y de dolor, y hasta la muerte, dejándose atravesar por ellas. El gran efecto de la Resurrección fue capacitar a los discípulos para vivir lo que antes no habían podido ni entender.

¿Resulta significativa para nuestros jóvenes esta propuesta de vida? La vida y el sentido de la misma es la cuestión básica frente a la que todos nos vemos confrontados, también los jóvenes. Nadie siente más que ellos el deseo de vivir exprimiendo hasta la última gota todas y cada una de sus oportunidades. Pero ellos, de forma singular, experimentan también el reverso de la misma: el miedo al futuro, la inseguridad en un mundo de vertiginosos cambios, la incomprensión frente a tantos y tantos efectos de nuestra finitud (enfermedad, dolor, muerte...), el fracaso en el amor, la soledad... El relato de la muerte y resurrección de Jesús bien puede ser un icono en el que el joven encuentre un sentido a todas sus experiencias de dolor, sufrimiento y muerte y otorgue profundidad y orientación a todos sus deseos y sueños de una vida en plenitud.

2. La Semana Santa juvenil: una experiencia más al servicio del joven y su itinerario personal de fe

En el campo de la pastoral de nuestros días, uno convive a menudo en medio de un cierto desánimo y no poca añoranza. Desánimo, al ver que nuestras propuestas no tienen la respuesta deseada; añoranza, al recordar tiempos pasados en los que nos parece que todo era más fácil y tenía mejores resultados.

¿Qué ha cambiado? No estaría entregando mi vida a los jóvenes si partiera de la premisa de que son un terreno yermo para que en ellos

germine y se haga vida el evangelio. Siendo la franja de población en la que más se dejan sentir los efectos de la secularización que arrasa nuestro mundo occidental, veo que hay no pocos que, lejos de haber cerrado la puerta al evangelio, lo que han cambiado es la frecuencia en que lo escuchan. No responden ya a esos procesos catequéticos largos y con etapas prefijadas; prefieren hacer su propio itinerario; no se dejan encuadrar en una tipología de cristianos A, B o C, sino que, emprenden búsquedas más personales que exceden toda clasificación, al estilo de tantos y tantos personajes que vemos en la Biblia; la fe no les engancha por ese lenguaje racional de los conceptos, argumentos y lugares abstractos, sino que les gusta más el lenguaje narrativo de los acontecimientos de la fe; no les resulta creíble el lenguaje doctrinal de la iglesia en sus documentos y representantes, pero son tremendamente sensibles al testimonio de vida que ven en los cristianos adultos que interactuamos con ellos.

Creo que las Pascuas Juveniles también han sido hijas de su tiempo en alguno de esos aspectos y que, poco a poco, se han tenido que ir readaptando a las nuevas circunstancias. Si durante años, por la cantidad de gente que congregaban, eran consideradas como una de las actividades-estrella de la pastoral juvenil, ahora se las tiene como una fórmula agotada, debido a la escasa cantidad de jóvenes que participan en ellas. También durante años se mantuvo el discurso de que el éxito de una Pascua estaba en las catequesis preparatorias que en los lugares y grupos de origen se impartían, así como en los procesos de compromiso que a la vuelta de ellas desataban. Como una y otra cosa se fueron perdiendo por el camino, ahora, en el mejor de los casos, se habla de las Pascuas como experiencias de fuegos artificiales que, luciendo mucho en el momento, tienen un efecto muy efímero.

Análisis como éstos entiendo que eran esclavos de un modelo de pastoral que anidaba en nuestro subconsciente y que aún hoy, en no pocas evaluaciones, nos resistimos a abandonar. Creo que el principio de «encarnación» sobre el que empiezan a pivotar las nuevas programaciones pastorales juveniles[1] nos tiene que llevar a grandes cambios en el modo de concebir eso que siempre hemos llamado la «iniciación

1. Ricardo TONELLI, *Per la vita e la speranza. Un progetto di pastorale giovanile,* Ed. Las, Roma 1996, 67-86

cristiana», en la que es claro que desde hace años se viene produciendo un desplazamiento imparable de procesos largos y programados a itinerarios breves y espontáneos[2].

Formulado este asunto así, y sin poder detenernos más en su análisis, ¿qué encuadramiento podemos hacer de una actividad como las Pascuas Juveniles? ¿A qué pilares puede estar sujeta hoy la pertinencia o no de una actividad como las Pascuas Juveniles? En un sentido general, podemos decir que a los mismos que cualquier otra actividad pastoral. En mi opinión creo que son dos:

1º) Serán actividades viables y adecuadas para la formación de la fe del joven todas aquellas que no pierdan la conexión con su vida. Esto no es una cesión a un principio externo a la fe y su modo de transmitirse, sino un cambio de paradigma en el modo de acceder a la misma. La vida del joven, desde el criterio de encarnación que debe orientar toda nuestra pastoral, se convierte en el «lugar teológico»[3] predilecto o en la «fuente»[4] de donde puede brotar ese encuentro que todos ansiamos con Dios y que el joven también busca. La vida del joven, en su realidad concreta, con sus sueños, deseos, frustraciones, búsquedas y abandonos, es una oportunidad, no un problema, para la iniciación a la fe.

2º) Serán actividades viables y adecuadas para la formación de la fe del joven todas aquellas que logren llevarlo, *«con breve y sumaria declaración... al fundamento verdadero de la historia»* [EE 2] del misterio de la fe al que se le quiere iniciar. Esta sabia anotación que

2. «Para los jóvenes y para muchos creyentes, la fe ya no se presenta como un gran camino ya señalizado de antemano, con sus etapas y sus cruces obligados. No. Más bien la fe se descubre a modo de "trechos de camino" que se recorren en compañía de otros y otras creyentes que conocen el nombre de Jesús o lo buscan...»: ASAMBLEA DE LOS OBISPOS DE QUÉBEC, *Proponer hoy la fe a los jóvenes. Una fuerza para vivir* (marzo de 2000). Aunque no he podido acceder al documento completo, tomo la cita del capítulo de dicho documento que se recoge en D. MARTÍNEZ – Pelayo GONZÁLEZ – J.L. SABORIDO (Comps.), *Proponer la fe hoy. De lo heredado a lo propuesto,* Sal Terrae, Santander 2005, 173.
3. Ricardo TONELLI, «Dalla situazione culturale e giovanile una sfida alla pastorale giovanile», en (VV.AA.) *Pastorale giovanile: sfide, prospettive ed esperienze,* Elledici, Roma 2003, 73-82.
4. ASAMBLEA DE LOS OBISPOS DE QUÉBEC, *op. cit.,* 168-170.

San Ignacio pone en su libro de los *Ejercicios Espirituales* para orientar la acción del director en relación con el ejercitante, en tiempos de crisis de fe como los nuestros se vuelve un criterio fundamental para toda nuestra pastoral, y mucho más, si cabe, para la pastoral juvenil. ¡Qué lejos siguen estando nuestros abultados procesos catequéticos y pastorales de aquellas breves fórmulas de fe que los primeros cristianos abrazaban, memorizando y repitiendo hasta la saciedad, y en las que encontraban lo único necesario e importante para dar un vuelco a su vida en la línea abierta por Jesús...! La brevedad no va necesariamente de la mano de la simplicidad y del error. Cada vez me convenzo más de que, en esto de la iniciación a la fe, a los agentes de pastoral nos toca iniciar ese movimiento joánico de «disminución», presentando de forma sencilla la historia a contemplar, dejando, como apuntaba San Ignacio, que sea el encuentro inmediato de Dios con la criatura la base sobre la que pivote el crecimiento en la fe del joven [EE 15]. Es este encuentro el que una Pascua o cualquier otra actividad pastoral tiene que facilitar con las máximas garantías posibles.

3. Una misma experiencia en distintos formatos

La transición de procesos de iniciación largos y bien marcados a itinerarios más personales y puntuales ha obligado a cambiar el concepto de la oferta pastoral que se hace. Las Pascuas son una de las actividades en las que mejor se aprecia este trasvase o cambio. La disminución del número de jóvenes que se animan a participar en ellas no ha ido acompañada de la sospecha sobre la experiencia en sí. Por el contrario, han aparecido nuevos formatos, nuevos enfoques y acentos. Quizás algunos sigan echando de menos esos grandes números, en lo que se refiere a participantes, de antaño; aquellas catequesis preparatorias de la Pascua y aquellas comunidades de fuerte vinculación donde se manifestaba el progreso hecho. La Pascua era entonces como ese salto cualitativo en el proceso de iniciación hacia el cual convergían todos los esfuerzos y en el cual se ponían todas las esperanzas. Pero hay que decir que eso desapareció en gran medida, o que lo hará a no tardar demasiado.

¿Qué queda en nuestros días? En los itinerarios personales de fe que recorren hoy nuestros jóvenes, podemos decir que no hay un ele-

mento (el grupo, una actividad, un compromiso, un sacramento) que aglutine o haga converger en torno a él todos los demás polos del proceso. Desparecieron las instancias absolutas o dominantes. El único centro, si se puede hablar así, es la persona que vive o participa de todas esas instancias. Supuesto esto, lo que habrá que hacer desde la pastoral es acompañar a esa persona, proporcionarle apoyos y experiencias en los que pueda contrastar su caminar y dotarla de mayor profundidad y horizonte. Pues bien, la Pascua, en este planteamiento, es una experiencia más. No es la única ni la más importante, ni pretende serlo; tan sólo quiere ser una oportunidad más que desde la pastoral juvenil se le brinda al joven, por si le sirve para el camino de búsqueda de Dios que él ya viene haciendo.

¿Es pertinente, entonces, la oferta de Pascuas Juveniles en este planteamiento que hacemos? Estoy convencido de que sí, y ello en base a dos datos de realidad.

1º) Para muchos jóvenes, las Pascuas, en el nuevo escenario de búsquedas más personales y de crisis de fe generalizada, han pasado a ser como una especie de oasis de sentido y significado religioso en medio del desierto de sus ciudades y entornos: participar en ellas les empuja, les confirma, les ayuda a discernir caminos nuevos de seguimiento y compromiso; son un tiempo especial para volver la mirada desde la superficialidad de las cosas a la interioridad de su corazón, en el empeño de encontrarse con ese Dios que todos llevamos dentro.

2º) La proliferación de formatos que viene adoptando esta experiencia en los últimos años nos habla de la utilidad del recurso para explorar a través de él nuevos caminos de encuentro con Dios, con la iglesia o la comunidad cristiana y con esos preferidos suyos que son los más pobres y necesitados. Experiencias fugaces de consumo religioso, podría decir alguno, moviéndose en el anterior planteamiento de la iniciación cristiana entendida como un proceso «duro»; pero, en el nuevo paradigma, tal vez la única experiencia religiosa capaz, en mucho tiempo, de dejar la huella de Dios impresa en el corazón de nuestros jóvenes. Cuando se atraviesan tiempos como los nuestros de «eclipse de Dios», donde desaparecen las certezas absolutas y los caminos seguros, de lo que se trata es de explorar senderos nuevos, y la gran variedad de Pascuas que

se presentan en nuestros días me parece que es un ejemplo precioso y lleno de creatividad en este sentido.

Dicho todo esto, creo que puede ser positivo que nos acerquemos brevemente al formato de cada una de las Pascuas que al día de hoy se ofrecen desde la pastoral juvenil. Lo haremos presentando sus líneas maestras, acentos y posibles riesgos[5].

3.1. Pascuas Juveniles rurales

El objetivo –y el acierto, en mi opinión– de este primer formato de Pascua es poner al joven en contacto con una comunidad cristiana rural y con su experiencia de fe. La experiencia creyente de la gente de nuestros pueblos, con ser muy sencilla y parca en palabras, está dotada de un elemento de certeza y confianza que al joven de nuestros días y de nuestras ciudades le cuesta mucho alcanzar en su experiencia de fe.

Desde ese presupuesto, la Pascua debería interpretarse, en primer lugar, como una experiencia que posibilite muchos y muy diversos espacios de contacto y convivencia cercana con la gente; en segundo lugar, como experiencia de servicio y apoyo en las celebraciones con el pueblo; y sólo en un último lugar, como experiencia al servicio del proceso personal o grupal de fe. En la mayoría de ellas, lo que se acaba haciendo es una división del tiempo: la mitad se dedica a la animación y preparación de las ceremonias con el pueblo, y la otra mitad al proceso más grupal o personal. El riesgo está en hacer de esta distribución dos caminos paralelos que nunca lleguen a encontrarse. Este riesgo no es fácil de evitar, si tenemos en cuenta que la tendencia natural del grupo no va a ser volcarse hacia el conocimiento y convivencia con la gente del pueblo, sino a quedarse en el ámbito reducido y engañoso del grupo con el que celebra la Pascua.

---

5. Quiero aclarar que se trata de una visión personal. De alguno de estos formatos de Pascua tengo experiencia personal, y desde ella hablo; otras las analizo desde una visión más teórica, tratando de ver cuál sería el objetivo al que pretenden responder. No pretendo analizar todas las variedades que hay, sino que he escogido las que considero más representativas. La intención de este análisis, en cualquier caso, sea más o menos acertado, no es otra que la de contribuir al afianzamiento de todas ellas, dentro de sus justos límites.

3.2. Pascuas Juveniles urbanas

Es una de las fórmulas más consolidadas en los últimos años. En su origen está la pretensión de que el joven redescubra la ciudad, su espacio habitual y cotidiano, como lugar apto para la experiencia de Dios. Se intenta aprovechar para ello todos los recursos que la ciudad ofrece. El centro aglutinador de la experiencia suele pivotar sobre una iglesia o comunidad cristiana con la cual se celebra y se ora en esos días; pero a la celebración suelen precederle dos tipos de experiencia previas. La primera tiene que ver con un tiempo fuerte de acercamiento a algún colectivo social necesitado (voluntariado en la cárcel, instituciones psiquiátricas, centros de inmigrantes, residencias de ancianos...) La segunda, con un rato de reflexión personal u oración que ayude a la interiorización en su vida del misterio pascual.

El acierto de este formato de Pascua me parece que está en su intuición inicial –la ciudad como espacio y oportunidad de experiencia de Dios– y en el trípode sobre el que apoya la experiencia: las celebraciones de la comunidad a la que se suma el grupo o en la que se integra durante esos días; la experiencia de acercamiento a sectores desfavorecidos como lugar de encuentro directo con ese Dios crucificado-resucitado; el tiempo más personal de oración como espacio de interiorización, de balance, de toma de decisiones...

El peligro de tal formato, según lo hemos descrito, puede estar precisamente en lo ambicioso de su pretensión. Lo que resulta de una experiencia tan intensa es un movimiento interior demasiado fuerte de sentimientos, pensamientos, emociones y deseos como para que el joven pueda procesarlos y colocarlos en la carpeta correspondiente de su vida de forma ordenada y con garantías de continuidad. En este sentido, creo que es oportuno recordar que todo itinerario de iniciación, entendido como proceso mistagógico, requiere de unos ritmos y unos tiempos más pausados que los que el joven maneja en su vida y que los que, sin querer, podemos estar utilizando en muchas de nuestras experiencias pastorales.

3.3. Macro-Pascuas Juveniles

Durante años tuvieron un éxito arrollador. En nuestros días han experimentado un bajón grande, debido al descenso de la práctica religiosa juvenil, a la vez que ha aumentado no poco la desconfianza respecto de

sus líneas de fondo. El objetivo sobre el que se construyen es el crecimiento personal en la fe a partir de la interacción y del compartir en grupos pequeños y con el grupo grande, el cual suele estar compuesto por gentes provenientes de distintos lugares y procesos de iniciación.

El componente afectivo que acontece en los llamados «grupos de Pascua» desempeña un papel crucial en la experiencia religiosa de esos días. Lo celebrativo también cobra un protagonismo especial, pues los símbolos y gestos en un grupo grande aumentan no sólo de tamaño, sino de significado. Desempeñan también un papel importante los monitores de Pascua como acompañantes de la experiencia y como referentes en la clave de testigos de la fe.

Creo que la gran intuición de este tipo de Pascuas no hay que echarla en saco roto, pues sigue latiendo de forma muy fuerte en nuestros jóvenes, sobre todo en las edades iniciales (bachillerato y primer año de universidad). En experiencias como éstas se da respuesta a ese deseo innato de caminar junto a otros, de comulgar o ser parte de algo (el gran grupo) mucho más grande que uno. El vivir una experiencia de pertenencia amplia y plural aclara en ellos no pocas dudas, refuerza verdades y corazonadas, ensancha deseos y sueños, refuerza compromisos y fidelidades iniciadas. ¿No necesitan de esto los itinerarios de fe de nuestros jóvenes? La situación de diáspora en que van a tener que vivir como creyentes exige la presencia de encuentros y experiencias de este tipo. En ellas, por más que sean puntuales y fugaces, pueden ir adquiriendo la certeza y el sentimiento de que no están solos en esta difícil aventura de la fe.

El peligro de este formato de Pascua procede del mismo lugar de donde le viene su riqueza: el grupo. La vivencia religiosa que mana del grupo, con ser muy intensa, puede llegar a ser absorbente, borrando la línea divisoria entre una profunda experiencia afectiva y una experiencia religiosa. Es ese mismo atiborramiento de afectividad y emotividad el que dificulta no poco la continuidad de un itinerario de fe más personal o grupalmente más deficitario. En el «debe» de este formato tenemos que poner también la ausencia de iconos reales de comunidades cristianas y del mundo en el que nos toca vivir el misterio pascual que celebramos. Y es que, por más que se explote el recurso del testimonio en uno u otro ámbito, hay que reconocer que éste, en las Pascuas, no brilla con su verdadera luz, sino con esa otra más artificial y propia de lo mediático, el «impacto». Ahora bien, mientras el testimonio real

«moviliza» y ayuda a que los deseos propios echen aún más raíces en la realidad que a uno le toca vivir, el «testimonio-impacto», a la corta, deslumbra, pero, a la larga, paraliza, porque la vida corriente del joven y los escenarios donde le toca vivir su fe son mucho más grises y cotidianos que los escuchados o vistos en esa experiencia.

3.4. Pascuas Juveniles musicales

Su aparición es aún demasiado reciente como para poder establecer un balance objetivo. No cabe duda de que la intuición de la que parten es buena. La música siempre ha sido un camino de encuentro con Dios y una puerta que abre al misterio de lo trascendente. Es cierto: hay que tener esa sensibilidad; y en este sentido, a priori, se trata de un formato un tanto más selectivo. Pero no hay que olvidar que, más que formar artistas, lo que pretende una Pascua de este enfoque es utilizar la música como recurso pedagógico, más aún, mistagógico, para acercarse a ese misterio que celebramos.

Su enfoque musical hace que el centro y núcleo de esta experiencia gire en torno a las celebraciones. Cuidar su preparación, enriquecer con la música adecuada cada tiempo de silencio o respuesta a la palabra escuchada, ponerle acordes al misterio de amor y entrega que se conmemora, expresar cantando los sentimientos y deseos que ése despierta en uno... son algunos de sus acentos.

El gran acierto de este formato es el protagonismo que otorga a uno de los lenguajes más cercanos a nuestros jóvenes. Eso facilita el camino de encuentro con ellos y presenta una imagen del cristianismo atractiva y significativa. A la vez, ayuda a no pocos a orientar una cualidad, la musical, hacia ese campo novedoso y desconocido de lo trascendente, mostrando que éste también es receptivo e inspirador de músicas y letras nuevas, de una creatividad sin límite.

El posible peligro –y repito que su reciente aparición no permite hacer aún una evaluación seria– podría ser el de caer en una exagerada «especialización». Me refiero al hecho de que, más allá de mantener el cartel y el acento de la música como gancho y como línea de fondo, llegara a convertirse en una especie de coto cerrado para gente que tenga buena voz o que toque algún instrumento. La música, en el orden de la iniciación cristiana, siempre habrá de ser un recurso que esté al servicio de la celebración y del encuentro con Dios, nunca un fin en sí misma.

3.5. Pascuas Juveniles monacales

Se trata de un fenómeno de reciente aparición, aunque siempre ha habido gente que ha encontrado en los monasterios un lugar especial para vivir ese misterio de la Semana Santa. Se trata de un formato que privilegia los momentos de la celebración y de la oración, con grandes espacios de silencio y soledad para el encuentro con uno mismo y con Dios. Esto, que tanto nos cuesta en la vida real y llena de ruidos que vivimos, nos resulta mucho más fácil cuando se está en un monasterio. Es como si uno se sintiera arrastrado por una corriente de comunión invisible, pero real, que te empuja a hacer silencio y a orar. Sin que se vea como necesario adaptarse totalmente a los horarios de los monjes con los que se vive esa experiencia, sí es claro que su ritmo de rezos, silencios y celebraciones marca el de la Pascua.

Aunque al final tome elementos de los otros formatos, es conveniente que se mantenga fiel a su intuición inicial, dado que ahí puede estar su elemento distintivo respecto de las demás y su función dentro del proceso de iniciación de nuestros jóvenes. Ni excesivos tiempos de compartir en grupo ni otro tipo de experiencias como las descritas en formatos anteriores ayudarían demasiado a conseguir el objetivo que se pretende aquí. Sí puede ayudar más el recurso del acompañamiento como contraste e iluminación del camino interior que se va haciendo, o la conversación espiritual con los monjes del lugar. Lógicamente, el perfil del sujeto que participe en ellas requerirá de una experiencia de oración grande, y convendrá clarificar lo más posible la oferta y la motivación para participar en este tipo de experiencia.

El riesgo de una Pascua como ésta radica en la posibilidad de ser absorbido por el propio proceso, desenganchando en exceso del grupo. Recordemos, a pesar de todo lo dicho anteriormente, que no es una experiencia de Ejercicios, sino una Pascua. Creo que también puede frustrar una experiencia de este tipo el que no fluya una comunicación profunda y sincera en el grupo, pues puede ser una de las riquezas y aportaciones más grandes que ofezca a sus participantes.

4. Criterios mínimos a garantizar en cualquier formato de Pascua Juvenil

No querría terminar este acercamiento al fenómeno de las Pascuas Juveniles sin marcar una serie de criterios o mínimos necesarios a cualquiera de los formatos aludidos. Al hablar de tantos y sostener que, en los actuales procesos de iniciación cristiana de los jóvenes, hay que entenderlos como una actividad más que se les ofrece desde la pastoral juvenil, por si les sirve en su caminar de fe, podría dar la impresión de que a cualquier experiencia hecha en Semana Santa podemos llamarle «Pascua Juvenil». Nada más lejos de la realidad. Una cosa es la flexibilidad que las Pascuas han adquirido con el paso de los años, y otra muy distinta la anomía o la anarquía en la que esperemos nunca caigan. Pienso que son cuatro los criterios a los que todas ellas tienen que sujetarse, porque ellos, de alguna manera, constituyen su más profunda definición.

4.1. La Pascua Juvenil: una experiencia «fuerte» de Dios

Cualquier oferta de Pascua Juvenil, si quiere ser un recurso idóneo para introducir en el misterio de la muerte y resurrección de Jesús, tiene que ser y proponerse como un «tiempo fuerte de encuentro con Dios». Con el Dios de Jesús, que en sus últimos días se entrega hasta la muerte, otorgándonos una vida nueva que se mueve por criterios distintos de los que pesan en nuestro mundo.

Ello exige que el perfil del sujeto que acuda a la Pascua reúna unas ciertas garantías de ser persona de oración, o que al menos tenga grandes deseos de encontrarse con Dios. Flaco favor hacemos al proceso de fe de nuestros jóvenes si este primer y principal objetivo de la Pascua acaba siendo desplazado por el de la interacción y convivencia que se genera en el grupo. Lo primero, en todo proceso de crecimiento en la fe, es Dios, la experiencia personal de encuentro con Él. Ese último trecho de la vida de Jesús y el nuevo amanecer de su resurrección esconden una realidad simbólica inigualable para acercarse a él, mirarlo, acompañarlo y dejarle entrar muy dentro de uno, de forma que nada ni nadie pueda ya arrancarlo de nuestro corazón.

4.2. La Pascua Juvenil: una experiencia honda de comunidad

Junto a ese primer y principal criterio, un requisito irrenunciable de toda Pascua tiene que ser la vinculación a una comunidad cristiana de fe

y de vida. Una comunidad de fe y de vida que se reúne, que comparte, que celebra, que vive y que, a través de todas esas operaciones, pone «carne» a esa Iglesia que surgió del costado abierto de nuestro Cristo muerto y resucitado.

En este sentido, hay que distinguir entre «grupo de Pascua» y lo que aquí entendemos por «comunidad cristiana». A priori, ambos pueden entenderse como referencia comunitaria idónea. Es más, en un momento determinado del itinerario, a una persona puede ayudarle más la referencia del grupo que la de la una comunidad eclesial más plural. Ahora bien, la experiencia da que procesos de iniciación demasiado vinculados a grupos de iguales y un tanto separados, en sus ritmos, actividades y celebraciones, de comunidades eclesiales más plurales, a la larga han sido más un obstáculo que una ayuda para la integración posterior en otro tipo de comunidades eclesiales más plurales y generales.

Ciñéndome a nuestro ámbito de la Pascua Juvenil, cuando hablamos de la necesaria vinculación con una comunidad, no hablo de algo extraordinario. En unos casos, la comunidad será referente para el joven, por su forma de celebrar y vivir la fe; en otros, el grupo de la Pascua será el que anime y empuje a la comunidad a introducirse en el misterio pascual. En cualquier caso, sólo sobre esta superficie de contacto con otros cristianos en experiencias como ésta, y en el discurrir cotidiano de su vida, el joven puede ir haciendo uno de los aprendizajes más importantes de la fe: que la meta o aspiración suprema del camino cristiano, como nos revela el misterio pascual, no es la autorrealización personal con la que una y otra vez nos bombardea el sistema, sino el entregar la vida para que otros se realicen.

4.3. La Pascua Juvenil: una experiencia de radical apertura a los más necesitados

Es un plus de calidad que no siempre es fácil llevar a cabo en una experiencia de cuatro o cinco días. Hablamos de ofrecer al joven la posibilidad de un acercamiento real a colectivos en desventaja social o a grupos de personas necesitadas. Pero, se pueda o no posibilitar en la organización concreta de la experiencia, lo que es evidente es que la presencia y el contraste de los más necesitados o crucificados de nuestro mundo no puede faltar en la lógica de una Pascua cristiana.

Si empezábamos nuestro artículo afirmando la insistencia con que Jesús resucitado se presenta a sus discípulos con los signos del Crucifi-

cado, es claro que quien quiera vivir de verdad el misterio pascual ha de hacer en su vida esa misma transición de Jesús. En cristiano, no podemos hablar de resurrección si en la vida nueva a la que este misterio nos abre no entran de lleno las marcas y los dolores del sufrimiento de los pobres de nuestro mundo.

Éste es otro aprendizaje fundamental en el itinerario de formación en la fe que tiene que hacer el joven de nuestras Pascuas. En el misterio pascual encuentran alivio y esperanza la injusticia y el llanto que sufren tantos y tantos hombres y mujeres, sobre todo los más necesitados. La identificación total con el Jesús muerto y resucitado, objetivo de toda Pascua cristiana, no será una realidad mientras no se logre en nuestra vida la identificación total con el dolor y la esperanza de los que más sufren.

4.4. La Pascua Juvenil: una experiencia de la que brotan nuevos testigos

El envío forma parte esencial de la dinámica interna de cualquier experiencia cristiana, mucho más de la experiencia pascual. Quien experimente sus efectos no puede sino sentirse enviado a desempeñar ese mismo «oficio de consolar» o reconstruir a otros [EE 224] que desempeñó Cristo resucitado.

Ésta fue la experiencia pascual que vivieron los apóstoles. El efecto primero y más importante de la resurrección fue volver del revés la vida de aquellos que hacía poco tiempo habían dejado a Jesús solo ante la cruz, ante la muerte. Pues bien, los mismos que entonces huyeron llenos de miedo, por temor a ser ellos crucificados con él, lo van a anunciar vivo y resucitado sin temer ya por su vida. Ésta es la transformación que el misterio pascual produjo en los discípulos y es, de alguna manera, la misma transformación que puede lograr en todo joven que se deje hacer como ellos. La Pascua Juvenil, en cualquiera de sus formatos, tiene que facilitar el que esa experiencia primordial pueda también tomar carne en la vida de los jóvenes. De lograrse esto, serán ellos mismos los que pasen a ser testigos y mensajeros de esa presencia viva de Jesús resucitado que vuelve nuevas todas las cosas y personas que toca.

ST 95 (2007) 237-248

Pan, cruz y canto compartidos. La vida parroquial en Semana Santa

José Luis PINILLA MARTÍN SJ*

Introducción: Te doy una canción

Déjame, Señor, poner
sobre tus huellas mis pies,
porque del camino,
yo me voy cansando
y hacerlo cantando alivia mi afán
a tu mismo paso,
con el mismo vaso,
de tu mismo vino
con el mismo pan.

Porque si voy hambriento,
Señor, comeré
de tu pan,
de tu vino Señor beberé.
Y si al fin yo me canso, Señor,
y te nombro,
tú arrimas el hombro
y me llevas sobre el.
Tú soportas mi carga ligera,
mi cruz de madera
mi vaso de hiel...

(*Vals del camino.*
Letra y música de J.L. Blanco Vega, SJ)

Queridos amigos:

Arropados por la hermosa voz de Mercedes, en medio de una inolvidable Coral de jóvenes y adultos, abriéndonos paso suavemente, con lentitud, por los pasillos de la Iglesia del Milagro de San José en Salamanca, como si la canción de José Luis Blanco Vega fuera la mejor atmósfera de una liturgia conmovedora, mientras aprieto junto al pecho el copón de la formas consagradas en la celebración de la Cena del Jueves Santo, el Señor Jesús «se exponía»; recorría el paseo por la

* Párroco de San Ignacio. Logroño. <pini@jesuitas.es>.

muerte y la resurrección hacia el sencillo «monumento», cuyo sagrario permanecería ostensiblemente abierto. Caminaba entre su gente y la mía (suya toda; y mía, en parte, al serme encomendada por Él) en la más gustada y sentida «procesión» que yo he experimentado en cada uno de los doce años en los que estuve feliz en dicha parroquia. Paseo que repito por todas las Parroquias donde he celebrado la Pascua. Siempre que puedo, acompañado de la misma canción. Y siempre caminando casi de puntillas, como queriendo situar los pasos de la comunidad en las huellas mismas del Nazareno. Y no me refiero precisamente a los pasos de bellas imágenes de cualquier procesión española. No. Me refiero más bien a los pasos que la vida marca en la comunidad parroquial.

Siempre he cuidado con mimo dicho momento. Me parece una síntesis certera del Triduo Pascual celebrado en una parroquia: Cristo arropado por la Comunidad, que se asocia con temor y temblor a su entrega apasionada, a su paseo enamorado... Caminamos juntos hacia un rincón de la Iglesia. Peculiar «huerto de los olivos» donde tendremos la pausada oración de la noche.

1. Participación popular

Los días previos no aderezábamos los pasos de las procesiones ni vestíamos a los santos, sino que la gente de distintos grupos preparaba, en el marco habitual de nuestra vida pastoral, una distinta disposición ambiental que marcara la inflexión de un tiempo distinto: la Semana Santa.

Grabado en la memoria, otro momento, medio mágico y festivo: la noche del miércoles santo, cuando, tras la «última conferencia cuaresmal», acomodábamos, trastocándolos de su posición habitual, en un revuelo ruidoso y jaranero, las dos filas interminables de bancos que situábamos de manera circular –como un abrazo– en torno a una mesa larga y ancha –«la mesa del mundo» le llamó alguien– y que, cubierta con amplios manteles blancos, quedaba –esta vez sí– en medio de la Comunidad. Se entendía mejor así el paso de «oír misa» a «participar en la Cena del Señor», dejando incluso algunos años dicha disposición circular de los bancos –la mesa en el centro, y alrededor la asamblea–

hasta el día del Corpus, para «unir» dos de los jueves del año en que más reluce el sol.

La celebración de de la Cena del Señor del Jueves Santo daba (y da) ocasión para sostener visiblemente el ejercicio de la triple misión de la Parroquia: gentes que proclaman la Palabra, la unen indisolublemente en la Caridad (lavatorio de los pies) y la celebran. El «lavatorio de los pies» quiere ser un gesto que manifieste la representación de las «doce tribus parroquiales» que sostienen la comunidad. Bien se preocupa el Consejo pastoral de que haya representación de todos los que, activa o anónimamente, participan de la misión parroquial. Como si todos los grupos parroquiales, en el Día del Amor Fraterno, tuvieran el máximo empeño en expresar, a través de esta triple función, lo que más caracteriza a la parroquia: experiencia de una Comunidad que anuncia la Noticia liberadora, expresa la caridad y celebra su misión siguiendo las huellas del Crucificado. Como si se invirtieran los términos: la comunidad carga con la cruz, y Cristo es el Cireneo. (*«Déjame, Señor, poner, sobre tus huellas mis pies»*); y se identifica con el Cristo pobre y humillado (*«mi cansancio, mi carga, mi vaso de hiel»*).

Hay, pues, una gran participación popular de los grupos: desde los de espiritualidad hasta los de sensibilización social

Selecciono estos dos grupos a modo de ejemplo de la novedad que se introduce significativamente en la Semana Santa, de una u otra manera, en estos últimos años y que «compensa» tantas celebraciones. Los primeros, dando puntos para la oración –sustitución de la charla (monólogo) cuaresmal– y preparando en las distintas salas de la parroquia oratorios sencillos donde cualquiera pudiera estar en paz ante el Señor estos días. Y los del grupo de sensibilización social, que durante toda la cuaresma ha estado movilizando en gestos y mensajes un lema en el que centrar el Triduo Pascual. Es un grupo provocador que, tras el seminario interno de reflexión y análisis de los meses previos, que nunca debe faltar en la Semana de Pasión, está preocupado por que la evangelización llegue a toda la comunidad. La de los feligreses activos, ocasionales, indiferentes... Sensibilización imprescindible hacia dentro de la misma y hacia fuera, empujando a la gente a salir hacia la realidad circundante de la que ha venido, y así la Pascua tenga sentido. En su ultimo año, como gesto, se dedicó a colocar en todos los bancos y paredes del templo la interminable lista de los crucificados de la historia global y local (pobres, enfermos, inmigrantes, jóvenes sin piso,

enfermos de SIDA, víctimas de la guerra y el terror...). Y, además, lo hizo en colores tan llamativos que alguien llamó a semejante decorado «el Arco iris de la pobreza».

2. La celebración pascual, expresión del microcosmos parroquial

El Jueves (y el día de Ramos) es cuando la gente parroquial y los grupos más participan. Y es el día, quizá, en que la comunidad se muestra más completa, más serena y atenta, en que se hace más consciente de lo que celebra cada domingo. Hemos procurado siempre que, junto al tono «sacerdotal» del Jueves, las otras vocaciones y ministerios tengan su momento. Por eso un matrimonio y una religiosa, antes del ofertorio, piden a los sacerdotes la renovación de su compromiso sacerdotal ante la comunidad parroquial. Y los pocos jóvenes que hay son los que lavarán las manos de los mayores, en un gesto comunitario prolongador del lavatorio litúrgico. El Triduo Pascual les servirá para vivir la espiritualidad de estos días con tres ejes transversales.

En primer lugar, está el eje de los *signos sacramentales,* que corresponde a las celebraciones según indican los libros litúrgicos y la costumbre. Es vivido muy fuertemente por la feligresía más asidua a la eucaristía y la que ha sido testigo imprescindible de los sacramentos (no hay sacramentos «sin» comunidad vinculante). La reconciliación comunitaria del Lunes Santo, la cena del señor del Jueves Santo, la liturgia y celebración del bautismo en la Vigilia Pascual se reposan más sosegadamente estos días.

En segundo lugar, se descubre el eje de *las dramatizaciones,* constituida por las representaciones de los hechos históricos (procesión de ramos, el lavatorio de los pies, la adoración de la cruz, las luces pascuales). Dramatizaciones litúrgicas oficiales no desterradas aún de los templos. Una gran parte de nuestro pueblo cristiano participa con gusto en estas manifestaciones. Les sabe a Semana Santa. Que no todo es ir a (ni estar como en) misa.

Como botón de muestra, un recuerdo que hago vivo. Se trata de la abierta manifestación de alegría, color y participación en el Domingo de Ramos en el jardín (con cinco olivos y todo) que rodea mi actual parroquia de San Ignacio, en Logroño, donde, tras la representación de la entrada de Jesús en Jerusalén, un niño sube por su propio pie en unas

andas procesionales (algún año, me dicen los históricos del lugar, lo subían a lomos del pollino de un gitano) de las que se había desmontado la imagen de no recuerdo qué santo. Un niño de carne y hueso, sin artilugios que muevan sus brazos, vestido con túnica blanca y manto rojo, ofrece también su vida para hacer visible la de Jesús de Nazaret, y en el breve trayecto hacia el porche de la Iglesia va bendiciendo –¿no bendecirán mejor las manos infantiles que las adultas?– y sonriendo a todo el que se le ponga por delante. Y a su alrededor un montón de jóvenes y adultos portan pancartas –no pendones ni estandartes– de vivos colores que agitan en el aire los mensajes de tal manifestación. Ese día los jóvenes del Coro siempre quieren cantar el «Padre nuestro de la calle» o el Credo de la Misa Nicaragüense. Y es que, con todos los respetos, perciben «vecinalmente» a Jesús en sus calles.

El tercer eje de la espiritualidad de la Semana santa corresponde a la *religiosidad popular,* constituida por diversos actos piadosos y devociones populares, basados unos en la agonía de Jesús (visita al monumento, Hora Santa, Sermón de las siete palabras...), y otros describiendo la pasión entera del Señor (via crucis, procesiones...). Todo puede ayudar a profesar la fe (incluso las poesías que declamamos, en vez de oraciones, ante el monumento), a descubrir el sentido del pecado, a familiarizarse con la cruz de Cristo, a crecer en el abandono de Dios y a encararse liberadoramente con las injusticias de este mundo.

3. «Otras semanas santas» al lado de la parroquia

Parece que la religiosidad popular atraviesa en su conjunto un buen momento. Muchas parroquias se enganchan a dicho carro, a veces más por llenar algunos días sus iglesias que por procesos sanamente discernidos. Si en los años setenta estas manifestaciones vivieron una etapa de crisis importante (en Latinoamérica la piedad popular nunca decayó), hoy se han revitalizado. Jóvenes que se integran en cofradías, rutas tradicionales de peregrinación que resurgen, santuarios y algunas devociones que gozan de nuevo vigor y participación. ¿Nuevas miradas? Da la impresión de que este tipo de expresión religiosa sale del ostracismo. Como si una parte de los hombres y mujeres de hoy reaccionase ante el riesgo de la falta de sentido y buscase sus raíces en las tradiciones.

Ya me he descubierto yo alguna vez dejando escapar alguna frase displicente al respecto Y recuperé la prudencia al encontrarme con la respuesta adecuada de uno de los más comprometidos de mi parroquia: «Tú no sabes lo que da para orar y reflexionar sobre lo que tienes encima, tras tres, cuatro o cinco horas portando sobre tus hombros un paso con tres pesadas imágenes, una de la cuales, la del medio, es un Cristo con la cruz de madera de las de verdad. Eso sí que es orar al modo ignaciano, metiéndose en la escena, eso de lo que tú tanto nos hablas».

No está la Iglesia sobrada de datos positivos como para olvidarse de estos hechos que, seguro, responden a causas profundas. La religiosidad popular es rica en elementos emotivos, celebrativos, simbólicos, estéticos, participativos y festivos, que a veces escasean en la liturgia y que el pueblo, por lo que se ve, busca. Y si, además, aumenta, por ejemplo, el compromiso social en el seno de las hermandades y se afianza su sentido religioso, mejor que mejor. Convendría quizás evitar el exceso de folclore y exhibicionismo, la competencia y rivalidad entre cofradías, e incluso entre éstas y los párrocos, sabiendo que las procesiones desbordan lo parroquial. Porque lo que la parroquia promueve –sentido de pertenencia habitual y cotidiana– choca con lo esporádico de muchas de estas manifestaciones, sobre todo cuando la petición de amparo parroquial se percibe en clave puramente manipuladora de sus servicios. Sin embargo, más allá de sus limitaciones, estas manifestaciones de religiosidad apuntan al hecho central de la pasión y la muerte de Cristo. De alguna forma, el pueblo dramatiza durante unos días el dolor de Jesús, compartiendo con él su sufrimiento. ¿Es posible esperar que esta identificación sea cada vez mayor también en relación con tantos rostros sufrientes como nos rodean, con marginados, desatendidos y cuantos sufren persecución, hambre u olvido en todos los lugares del mundo? Colaborar en la medida de nuestras fuerzas a redimir estas situaciones hará que podamos celebrar gozosamente y con muchísimo sentido la Pascua y pasear con la nuestra sin desdén hacia lo ajeno. No voy a ser de los que desdeñan las procesiones u otras devociones populares. Y menos después de haber sido «Pregonero oficial» de la Semana Santa de mi hermoso pueblo.

4. La realidad y la peculiaridad

Pero ¿cuál es nuestra realidad? Todas las parroquias, aun afectadas por la movilidad, los medios de comunicación, las vacaciones y otros impactos, se esmeran estos días con lo que «tienen». Quizás una parte de los más activos o habituales marcha pronto y celebra los días santos –hay que suponerlo– en otros lugares. O quizá se vive la añoranza de tiempos pasados ante el poco movimiento actual de la parroquia, enclavada en un barrio de donde la gente se ha ido marchando (de vivienda y de práctica religiosa). Quizá algún grupo potente de los que habitualmente participan de la vida parroquial está en algún encuentro de un determinado movimiento, que a ellos sin duda les irá bien, pero que deja la parroquia como abandonada.

Lo que es cierto es que, independientemente de los «peros», hay una realidad bien bonita de gentes sencillas que a pie de vecindad quieren vivir estos días.

¿Con que peculiaridad se vive esta realidad?

– Se celebra en el contexto y el ámbito normal donde vive su fe la mayoría de la gente. No hay que buscar escenarios externos que «ayuden» a tomar distancia para vivirla más a fondo. No olvidemos que muchos no pueden salir estos días de su entorno vecinal.
– Se expresa desde los símbolos y liturgias habituales del año. No se preparan nuevas liturgias, pero sí se actualizan palabras y gestos. Quizás algún acento nuevo o una preparación más cuidada. Todos entenderán los símbolos, las palabras, los cantos... porque son del estilo que habitualmente se usan en su parroquia. Son las señales litúrgicas de lo cotidiano las que identifican el llanto y la alegría, cada muerte y resurrección diarias. La celebración de lo importante polariza y recentra lo cotidiano.
– Es capaz de ofrecer e integrar en la celebración a la gente más variada, fiel reflejo del amplio espectro de lo que significa pueblo de Dios, en una vivencia eclesial que le rescata del anonimato urbano. Los sociólogos destacan que en el ámbito urbano, además de la movilidad, tiene su importancia también el carácter de anonimato. Si la parroquia, en la vivencia de su fe en los momentos habituales o en los centrales, es capaz de ofrecer e integrar a la gente (a la familia entera) en una vivencia eclesial que le rescate de ese anoni-

mato, puede convertirse verdaderamente en una comunidad de referencia, con distintos niveles de adhesión e integración.

– Pero, sobre todo, el sujeto único evangelizador, que es la comunidad plural que engancha con la Iglesia Universal. O pretende serlo, cada vez con más necesidad y urgencia, para no hacer una Iglesia tan especializada que sólo se vive desde el propio grupo o el propio servicio, olvidando con demasiada frecuencia el sentir común o el sentido de pertenencia (ejercitado con amor), que a veces se diluye tanto que desaparece. En este sentido, la parroquia camina hacia la compresión de sí misma como si fuera cada vez más un sujeto evangelizador común. Toda ella catequiza, toda ella celebra, toda ella ejerce la caridad. Toda ella celebra la Semana Santa. No hay unos que preparan y otros que la viven. Se prepara y se vive desde la articulación y las experiencias de los variados grupos (¿comunidades?) que la forman. La parroquia vive la Semana Santa cuando los encargados de Pastoral de la Salud celebran las eucaristías en los domicilios de los enfermos, cuando los jóvenes u otros grupos «se sienten enviados» por la comunidad para vivirla fuera de ella, y a ella vuelven, etc. La Iglesia se vive entonces «como en casa». Por eso la comunidad entera es la que ha de estar atenta a desechar lo inválido de lo heredado y recoger lo bueno que se proponga.

5. Y, para terminar..., examen de conciencia

Hace poco hemos celebrado los 50 años de la recuperación, por parte del Papa Pío XII, de la celebración completa del Triduo Pascual. El decreto *Maxima Redemptionis Mysteria* (1955) culminó la serie de reformas que se sucedieron en aquellos años y que ciertamente fueron bien recibidas El proceso empezó precisamente por el momento central de todo el año cristiano: la Vigilia Pascual, que hasta entonces era sólo cosa de los madrugadores (lo cual, por otra parte, era bien hermoso: celebrar la Resurrección «al alba», quizá la mejor hora del día). Se pasó del Triduo Santo al Triduo Pascual. Se invitaba acertadamente a celebrar más lo «Pascual» que lo «Santo» (que dejaba fuera precisamente el domingo). Lo más llamativo fue el cambio del horario de la

Vigilia, pasándola a la noche del sábado, como se había hecho en los primeros siglos y como lo pedía la autenticidad del «al tercer día resucitó». Noche de paso a la vida, noche de luz y alegría, del pecado a la gracia, noche cristiana. Noche como marco de la que fuera la celebración principal de los cristianos. Luego, la reforma postconciliar de 1969-1970 sirvió de complemento.

Junto a lo positivo de algunos cambios, aparecen retos y preguntas que inciden e incidirán mucho, a mi modesto entender, en las semanas santas, «parroquiales» o no:

– Al cristiano «normalito» de hoy no parece resultarle capital celebrar así el misterio central de nuestra fe ni la espiritualidad y el compromiso que de ello se deriva. ¡Inquieta menos la Navidad! ¡Exige menos la Primera comunión! ¡Implica menos un bautizo! ¿Está el misterio pascual lejos de su sensibilidad? Contradictoriamente, ando más estamos ocultando la muerte, le damos más importancia al Viernes Santo que al Domingo de Resurrección. ¿No existe la tendencia a vivir como acontecimiento central del misterio la encarnación en clave de nacimiento? ¿Por qué es más popular la «Misa del Gallo» que la Vigilia Pascual, la perspectiva de la Navidad que la de la Pascua? ¿No será cuestión de que cualquier misterio vivido sacramentalmente está despojado cada vez más del aguijón de su dimensión social? ¿No nos faltará cercanía eclesial con los excluidos de todo tipo?
– La liturgia cristiana de estos días tendrá que superar problemas y tensiones para seguir celebrando la vida con frescura y hondura. Porque la liturgia es portadora de vida y tiene un gran espacio en nuestras parroquias. No para celebrarse a sí misma, sino para celebrar la Pascua del Señor. Y porque la liturgia quiere celebrar comunitariamente la vida en torno a la mesa del Señor, en torno a su entrega y su victoria, en la vida sacramental y en la celebración de los grandes acontecimientos de la existencia humana asumidos por Jesús, los signos usados han de convertirse en lenguaje significativo, sobrio, auténtico, para que todo subraye el carácter festivo y escatológico de una comunidad que, aunque aún es peregrina, vive del aliento del Señor Jesús. En una sociedad cada vez más marcada por el impacto casi subyugador de la imagen, la espontaneidad y el presentismo, los textos, los colores, los gestos, las palabras, el

ritmo, etc. de estos días apenas les resultan memoria significativa, apenas les provoca incorporación a su historia activa. Y, además, casi nadie ha sido educado previamente. Damos por hecho que hemos catequizado.

– Y todo ello sin contar con que no es fácil coordinar las celebraciones litúrgicas con los horarios familiares, fiestas laborales, etc. Tampoco es fácil articular el diálogo con devociones populares o con expresiones culturales de al lado donde hay disonancias evidentes. El reto es una oportuna inculturación, de modo que la liturgia «hable» con la cultura, y viceversa, y así se produzca la sana impregnación mutua.
– Los tiempos litúrgicos hacen percibir a la comunidad la densidad de la presencia de Dios. Por eso este tiempo litúrgico, resumen de la expresión dramática de la fe y del camino duro y gozoso hacia el reino, debe vivirse con una llamada muy importante a la creatividad. ¿No es posible ofrecer en la Pascua adulta el lenguaje simbólico y verbal más actualizado de la Pascua juvenil? La densidad de un Dios que, sin embargo, se hace transparente y comunicativo de muchas maneras es llamada también a dejar entrar la voz, la presencia y la participación de mucha más gente, especialmente los laicos. Decidir y participar activamente es otra manera de hacer que la realidad tome la palabra (hacer habitual lo que es normal en la vida social) y de que la liturgia siga siendo evangelizadora, testimonial, interpelante y con capacidad de contagiar. Una liturgia donde, cada vez más, toda la comunidad sea la responsable para vivirse más activamente protagonista, sin dejarse llevar por los números de asistencia y participación, pues a veces es engañoso ver estos días llenas las iglesias sin contar con que sólo hay una celebración diaria en cada iglesia, en comparación con las numerosas misas de los domingos.
– Se tiene conciencia de lo que es la «Semana Santa», pero no tanto de lo que es el Triduo Pascual; muchos no han llegado a la convicción de que la Eucaristía de la Vigilia Pascual es la principal de todo el año. La hora nocturna –dominada por otras luces o espacio agradable de convivencia familiar y de encuentro– no favorece si no hay una especial intención de implicarse y un espacio previo para entrar suavemente en la celebración. Especialmente, si no se cuidan los símbolos que la celebración introduce, distintos de los ha-

bituales: el fuego, las luces, el cirio, la progresiva iluminación de la iglesia, con el pregón como punto culminante de la entrada, las letanías, la fuente, el agua bautismal, la comunión bajo las dos especies, las lecturas bien proclamadas... Todavía surge la pregunta frecuente de si la misa de la Vigilia Pascual «vale para el domingo siguiente». No se percibe como distinta.

– La densidad de los tres días y la tendencia a sentirse partícipes de una iglesia y una fe de sólo cumplimento lleva al peligro de fragmentación, sin relacionar unos días con otros en la unidad del Triduo Pascual. Y en este sentido la espiritualidad hispana y latina quizá se centra más en la pasión y muerte del Señor que en su resurrección. En un clima secularizado, en el que se va enfriando la fe cristiana, es difícil superar la tentación de un fin de semana más prolongado de descanso y participar en profundidad en la celebración de este Triduo. Son relativamente pocos los lugares –monasterios o parroquias– en los que en estos días hay celebraciones con pausa, espacios para orar (¡no sólo para celebrar¡), «baños de silencio», auténticos pedagogos mistagógicos –no necesariamente curas– que inviten a los fieles a entrar de lleno en el misterio de la Pascua. Todos sabemos que donde así lo hacen la comunidad respira, y las llagas del Crucificado se palpan. Por ellas, sintiendo y gustando, se cuela la resurrección.

Pan, cruz y canto

El Triduo es tiempo de culminación celebrativa de todo el año litúrgico, retiro espiritual comunitario y momento principal de revisión de la vida cristiana. Y, por lo tanto, de implicación personal y comunitaria en el paseo cotidiano con nuestro pueblo por la muerte y resurrección de cada día, que, no lo olvidemos, ya tiene a Alguien que lo hizo antes en plenitud

La celebración de cada día del Triduo no ha de perder su unidad ni la referencia a la persona misma de Cristo, tapada hoy por mil paños morados que impiden hablar de Él y con Él mismo. Él nos ofrece el pan como alimento para el servicio y la cruz de la entrega, que, a su vez, es paso silencioso y obligado para el canto de la resurrección: resurgir de Cristo crucificado, que probó la amargura y la soledad del sepulcro.

Pan, cruz y canto. A estas tres cosas se refiere la canción que abre este artículo.

* * *

Bibliografía utilizada y útil para seguir profundizando

Anselm GRÜN, *La celebración de la eucaristía. Unión y transformación,* San Pablo, Madrid 2002[2].

Dossiers CPL, *Semana Santa,* Centre de Pastoral Liturgica, Barcelona 1998

Cuadernos PHASE, *Parroquia y Vida Litúrgica,* Centre de Pastoral Liturgica, Barcelona 2000.

Luis BRIONES, *Parroquia de barrio, hoy. Crónica de una búsqueda,* PPC, Madrid 2007.

Herminio OTERO, *Paso a paso. Itinerario de fe para hermandades y cofradías,* PPC, Madrid 2005.

Casiano FLORISTÁN, *Celebraciones de la Comunidad,* Sal Terrae, Santander 1996.

— *Celebraciones, relatos y manifestaciones populares,* PPC, Madrid 2003.

Cipriano DÍAZ MARCOS, «Celebración y solidaridad. De la celebración a la vida y de la vida a la celebración» (Encuentro de parroquias SJ) *Revista «De Buena Fuente»,* .Madrid 2005.

VV.AA., *El don y la Misión en las Parroquias confiadas a Jesuitas,* Gabinete de Prensa de la Compañía de Jesús, Madrid 2005.

Enzo BIANCHI – Renato CORTI, *La Parroquia,* Sígueme, Salamanca 2005.

D. MARTÍNEZ – P. GONZÁLEZ – J.L. SABORIDO (Comps.), *Proponer la fe hoy,*. Sal Terrae, Santander 2005.

Álvaro ALEMANY, «Parroquia Urbana y Eucaristía»: *Revista «De Buena Fuente»,* .Madrid 2004.

ST 95 (2007) 249-253

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

«Sirviéndoles en sus necesidades (EE 114). Educadores de menores y espiritualidad ignaciana»

Delegación de Acción Social.
Provincia de Castilla SJ

Una tarde de otoño, un pequeño grupo de menores entre 15 y 17 años llega a las puertas de un centro de acogida residencial, acompañado por dos educadores. No sería ésta una situación extraña, si no fuera porque acaban de llegar juntos en un vuelo desde Tenerife, procedentes de otro viaje más lejano desde Guinea Conakry, Mali y Senegal. No son los primeros que llegan al Hogar de San José de Gijón –éste es el segundo grupo en un mes–, pero seguramente tampoco serán los últimos.

Otro grupo bien distinto de niños y niñas, a más de cuatrocientos kilómetros de distancia, recorren contentos las calles de su barrio enarbolando una revista en la mano y enseñándosela a todos aquellos que quieran verla. Enseñan unas fotos de un diario nacional, el reportaje de una emisión de Radio Kalambuco, desde el Pozo, desde Madrid: el programa de radio en el que participan y son protagonistas una vez por semana. A ambos grupos, tan distintos y tan distantes, les une un vínculo en principio inapreciable, que les hace participar de una misma dinámica. Detrás de todos ellos, de sus vidas, de sus ilusiones, de sus actividades... hay educadores voluntarios y profesionales que dedican parte de su tiempo y de sus vidas a acompañarles en su crecimiento y a soñar con un futuro mejor y más justo para todos ellos.

Una vez al año, algunos de estos educadores se reúnen con otros en distintos lugares de nuestra geografía (Gijón, Gerona, Barcelona, Alicante o Madrid) para conocer y contactar con diferentes respuestas a problemas y situaciones comunes, para compartir preocupaciones parecidas y para construir juntos el sentido que pueda tener la presencia en medio de estos menores y sus fragilidades en nuestra sociedad.

Es el encuentro anual de educadores de proyectos de intervención con menores, relacionados con las actividades del Apostolado Social que los jesuitas animan e impulsan en las distintas provincias españolas. Estos encuentros vienen celebrándose desde hace cinco años en primavera. Este año pasado tuvo lugar en Madrid, y ha recorrido distintos lugares en estos años, buscando la relación con iniciativas que son similares y que están vertebradas por un mismo espíritu. En este último, al encuentro y al conocimiento unimos la reflexión. Nos ayudaron las sugerentes palabras de Darío Mollá, SJ, tituladas: «Sirviéndoles en sus necesidades (EE 114). Educadores de menores y espiritualidad ignaciana».

La realidad geográfica y el origen histórico ofrece una primera característica a este grupo que se reúne anualmente: la heterogeneidad, tanto de obras como de destinatarios de la tradición jesuítica en este campo: acogimiento residencial, trabajo con familias, inserción sociolaboral, absentismo y fracaso escolar, programas de Garantía Social, lucha contra el fracaso escolar, el apoyo y el trabajo familiar, seguimiento de medidas judiciales, inserción laboral, trabajo de calle y de barrio, prevención de la violencia y el absentismo escolar... Heterogeneidad unificada por una palabra, «misión», que implica el trabajo con menores y jóvenes en situación de riesgo y marginación social, así como la manera de trabajar con ellos. El origen de este modelo de trabajo conjunto está relacionado con el cambio producido en estos últimos años en el sector social de los menores en España. Actualmente, a diferencia de lo que ocurría hace 3 ó 4 décadas, cada vez son más las organizaciones de todo tipo –tanto públicas, en alarmante descenso, como privadas– que trabajan en España con la infancia excluida. En este contexto cabría preguntarse: ¿por qué la Compañía de Jesús debe estar ahí?; ¿qué aporta de significativo?; ¿qué «bien» hace?

La Compañía de Jesús desea recoger el camino que muchos jesuitas han desarrollado, muchas veces de forma carismática a lo largo de los años, en el trabajo con menores en situación de riesgo o margina-

ción social, así como los resultados de dicha labor, para ir adaptándolos a los nuevos retos culturales, políticos y estatales que plantea este apostolado.

Con esta dinámica comenzada hace varios años se pretende ir constituyendo un grupo que pueda ir planteando, poco a poco, los retos de futuro que tiene esta labor, dando presencia y visibilidad a un trabajo que ha estado siempre presente en la atención a los niños que más lo necesitan; como una opción de estar presentes en las rupturas del eslabón más débil de la sociedad: la infancia.

También queremos que este conjunto de personas, jesuitas y no-jesuitas, que representan a una red de instituciones directamente implicadas en el trabajo con menores (en la que la Compañía de Jesús es titular, está implicada o anima dichas tareas), puedan ir construyendo una misión y una tarea comunes.

Partiendo de una mirada que nos une sobre el mundo del menor, y también desde unas convicciones arraigadas en el desarrollo histórico, entendemos este apostolado en estas claves:

– El trabajo con menores y jóvenes en situación de riesgo o marginación social es visto desde perspectivas de justicia social.
– Quiere prestar su atención preferencial a quienes no están atendidos por otros, o a aquellos a quienes podemos acercar una intervención socio-educativa integral de calidad, demandada por ellos.
– Quiere influir en las instituciones públicas para que den a dicho colectivo el trato que le corresponde en justicia

Como primer paso, queremos establecer una red de trabajo que dé presencia y visibilidad a nuestro caminar juntos, cuyos objetivos son:

* Ser conscientes de las diversas realidades en que trabajamos, enriqueciéndonos unos a otros con los diferentes planteamientos de la intervención integral con menores.
* Ayudarnos mutuamente a dar respuesta a los problemas que se nos presentan.
* Ser una voz que se haga oír sobre temas que nos afectan a todos.
* Ir generando un cierto cuerpo interprovincial en el trabajo específico de menores.

En este proceso se van estableciendo prioridades y retos. Nos enfrentamos a la atención a la familia y constatamos, en los lugares en que estamos presentes, que la atención a los menores es de calidad; pero que para que sea integral tenemos el reto de extenderla a su entorno familiar.

Otro reto importante es la consolidación institucional y el servicio a la sociedad. Actualmente, muchas entidades han entrado en la intervención en el mundo del menor. Son de gran heterogeneidad: unas provienen de una tradición educativa, otras son grandes instituciones prestadoras de servicios sociales a escala nacional; unas están fundadas por empresas que buscan una forma de mejorar su imagen social, y otras se acercan al calor del dinero. En esta situación, nuestro reto es consolidar educativa e institucionalmente nuestro trabajo, tener una propuesta común y alternativa a estas otras realidades. Y, por supuesto, defender al menor, como prioridad de toda intervención.

En este tiempo se ha ido avanzando en una etapa de «agrupación» de individuos o instituciones: el objetivo fue conocer los recursos, el trabajo que estábamos realizando, conocernos las personas, intercambiar información.

La segunda etapa, en la que nos sentimos actualmente, puede denominarse de «red informal» de obras. En ella se van decantando los intereses comunes a partir de los propios, a la vez que se concretan formas de colaboración:

* Acogida en los diversos sitios para la realización de cursos, estancias o visitas formativas.
* Compartir documentos técnicos: proyectos y evaluaciones.
* Comunicación de cursos, noticias o actividades interesantes para el resto de obras.
* Intercambio de profesionales.

Es un camino abierto, recorrido por unos miembros que se preocupan de lo común y compartido del conjunto de proyectos, obras y personal, que asumen la responsabilidad colectiva de este apostolado social como parte de un cuerpo apostólico orgánico ahora y en el futuro. Un camino que podría llevarnos a asumir la responsabilidad de coordinar la presentación de propuestas de proyectos comunes.

Y en medio de todo este proceso, no olvidamos la experiencia y la mística que anima y da fundamento y sentido a la tarea. El agradeci-

miento por el bien recibido en contacto con tanto menor, niños, niñas, adolescentes, jóvenes que tienen derecho a un mundo distinto y mejor que el que su historia y la lógica social les anuncian. Siguiendo las últimas reflexiones de Darío Mollá en su intervención en este último encuentro, tendríamos que preguntarnos: ¿en qué experiencias de nuestro servicio cotidiano a los menores podemos intuir la grandeza de Dios encarnada en lo pequeño o su trascendencia hecha signo sensible que desborda lo meramente humano?». Todos los que normalmente están con estos menores se lo preguntan a diario, aunque posiblemente no siempre lo formulan, pero sí se identificaron, encontrando, en éstas de Darío, palabras donde a veces no hay.

Y ahí, preguntándonos, podemos experimentar que sentimos vida, sentido de vida y sabiduría de vida. Que nos encontramos con una misteriosa pero cierta presencia de lo noble, lo trascendente o lo sublime en criaturas tan débiles, maltratadas o deformadas. Que posiblemente nos sorprende y nos abruma. Que, en medio de tantas fatigas y de la experiencia de un trabajo demoledor, descubrimos que nos construye, un trabajo que desgasta pero que no nos destruye.

Definitivamente, descubrimos que en medio de ellos, de los menores, vamos creciendo en misericordia, en humanidad, en capacidad de comprender la vida y el mundo, en conocimiento de nosotros mismos, en sensibilidad hacia lo débil y pequeño, en comprensión e identificación afectiva con el evangelio.

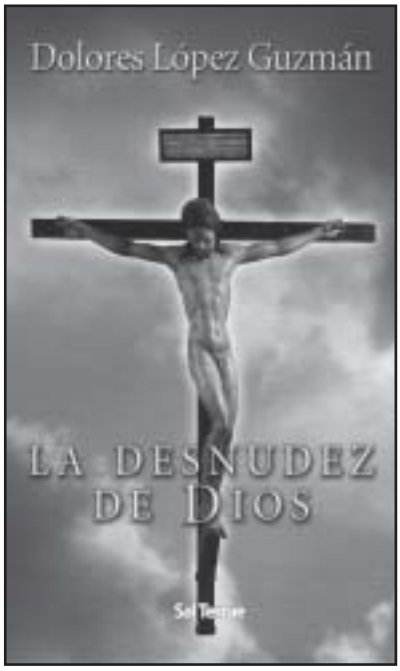
Para seguir descubriendo, poniendo nombres y palabras, el próximo encuentro será en Sevilla el próximo mayo.

castilla JESUITAS

Avda Moncloa, 6 / 28003 MADRID
Tlf. 915 344 810 / Fax. 915 358 243
E-mail: socialcas@jesuitas.es

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



NOVEDAD

DOLORES LÓPEZ GUZMÁN
La desnudez de Dios
224 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 11,00 €

La desnudez siempre ha sido una realidad inquietante. Atrae y descoloca a la vez. Despierta sentimientos contradictorios difíciles de manejar: deseo, admiración, vergüenza, pudor... Caer en la cuenta de que los momentos más significativos de la vida de Jesús (el Nacimiento, el Bautismo, la Muerte y la Resurrección) están marcados por ella nos da una clave novedosa y sorprendente que puede cambiar nuestra manera de mirarlo. La desnudez, por lo que significa de transparencia, pobreza y sencillez, es inspiración de la Vida Consagrada, y no menos debe serlo de la del laico.

ST 95 (2007) 255-266

«APRENDER A REZAR CON...»

3. Aprendiendo a orar con San Juan de la Cruz

José Vicente RODRÍGUEZ, OCD*

Juan de la Cruz, orante

San Juan de la Cruz es uno de los grandes orantes de la historia de la Iglesia y de la humanidad entera.

Los que convivieron con él subrayan ese perfil de su personalidad. Su confesor y amigo del alma, Juan Evangelista, dice de él: «Su oración y trato con Dios era altísimo» (Biblioteca Mística Carmelitana [= BMC] 23, 42). «Persona de altísima oración», «siempre andaba en oración», dirán otros. Y santa Teresa, apreciando su espíritu y virtud, afirma de él que «tiene harta oración y buen entendimiento» (Carta de septiembre de 1568).

Otro testigo da un testimonio detallado sobre la jornada oracional de fray Juan: «Notole mucho la continua y perseverante oración que tenía en el tiempo que le conoció; porque en la celda casi siempre se hallaba de rodillas en oración; y el tiempo que no estaba en la comunidad, de mañana se salía apartado del convento, cerca de una fuente donde había muchos árboles montuosos, y gasta allí a solas, unas veces de rodillas, otra de otra manera, todo el tiempo en oración; y después de vísperas, acabado con la comunidad, se volvía a salir al mis-

* Profesor y escritor. Segovia. <josevicente@ocdcastilla.org>.

mo puesto y gastaba allí de la misma manera, hasta que tocaba la campana a la oración de conventualidad. Y así se veía claro en el santo que siempre andaba en oración y que de continuo oraba» (BMC 23, 100).

Relato parecido al de cuando estuvo algo menos de dos meses en La Peñuela, en 1591 (BMC 14, 113), o cuando salía de noche por la finca que tenía el colegio de Baeza en el cortijo de Santa Ana, en Castellar de Santisteban (Jaén).

Se llega casi a decir lo mismo que de San Francisco de Asís: no hacía oración; era oración. Uno y otro, no sólo ya orantes, sino hechos oración, enderezaban su mirada interior y afectos y todo su ser hacia lo único: buscar al Señor.

Maestro de oración

Hombre de oración y guía también de oración para otras personas, gastaba el tiempo en esto. En la Encarnación de Ávila, además de guiar a las monjas del convento, «acudía a confesar y tratar de oración y cosas de perfección con diversas personas de otros monasterios y con otras personas, y a todos atraía a la perfección de vida» (BMC 14, 301-302). A quienes trataba ponía en el camino de la oración. Se conocen casos muy personales de este magisterio oracional. A Ángela de Alemán, metida en un mundo de vanidades sin fin, de joyas, «trajo a la oración y a tener trato con Dios y a dejar las galas» (BMC 14, 446).

Otro caso todavía más significativo: se trata de un matrimonio de Segovia. La pareja acordó que ella entraría monja en las Descalzas de la ciudad, y él se haría sacerdote.

Obtenidos los permisos necesarios, así lo hicieron. Ella se llamó en el convento Mariana de la Cruz. Tenía tan gran dificultad en la oración, pues no lograba recogerse, por más que lo procuraba por todos los medios. Consultó el caso con el padre Juan de la Cruz, que se hallaba de Prior en Segovia. Le descubrió su alma y el mundo de dificultades en que se debatía. Fray Juan «la dio modo de oración tal cual vio había menester, con la luz del cielo que tenía para guiar almas. Y unas veces alentándola y otras casi forzándola a la perseverancia de la oración por el modo de ejercicio que la daba, aunque a los principios la dicha religiosa sentía gran dificultad, el dicho Siervo de Dios en breve la ade-

lantó de manera con su enseñanza que vino a ser gran contemplativa [...], muy aventajada en todo género de virtud y particularmente en la oración y trato unitivo con Dios» (BMC 22, 78-79).

Compositor de oraciones

Hombre de oración y maestro de la misma, fue también un gran compositor de oraciones, de textos oracionales múltiples. Ésta es una de las buenas herencias que nos dejó. Compone oraciones en verso y en prosa.

En verso: si damos un repaso, aunque sea fugaz, a su poemario, nos encontramos con que las 4 canciones de La Llama son oraciones. Entre las 40 estrofas del Cántico (CB) tienen ese mismo carácter las siguientes: 1, 6, 7, 9-11, 13 (la primera parte), 17, 19, 31-33, 36-40.

En la glosa *vivo sin vivir en mí* son oraciones las estrofas 2, 3, 5-8. En el gran Romance sobre el prólogo del evangelio de San Juan, escrito en la cárcel toledana, el encarcelado recrea en los versos 181-202 oraciones, suspiros, agonías, lágrimas y gemidos de patriarcas y profetas pidiendo la venida del Mesías prometido. Es una recreación poética llena de sencillez y ternura, especialmente de los acentos proféticos y poéticos oracionales de Isaías.

En prosa: en sus obras en prosa hay muchas plegarias que están esmaltando como otras tantas flores sus páginas. Como algo modélico, quiero citar una llena de unción y del ritmo litúrgico más perfecto:

> «¡Recuérdanos y alúmbranos Señor mío, para que conozcamos y amemos los bienes que siempre nos tienes propuestos, y conoceremos que te moviste a hacernos mercedes y que te acordaste de nosotros!» (Ll B, 4, 9).

Con este vuelo oracional nos lleva Juan de la Cruz a algunos núcleos de la vida cristiana que nunca hay que olvidar. Ante todo, pide: «recuérdanos». Recordar significa aquí despertar, sacar del sueño. A ese despertar y volver a la realidad consciente se añade «alumbrar», «iluminar». Ambas cosas se invocan como dones del Señor. Estas dos acciones divinas para enseñarnos a conocer y amar las realidades tan buenas que Dios nos ha puesto delante de los ojos de nuestra fe. Así nos convenceremos de que Dios se ha movido a hacernos mercedes y

regalos y que se acuerda de nosotros. No puede ser de otra manera, cuando fray Juan dictamina varias veces: *«El mirar de Dios es amar y hacer mercedes»* (CB 33, 7, etc.).

Oración de alma enamorada[1]

Preciosa y muy densa la oración anterior; pero la que se lleva la palma y la más conocida es la que conservamos escrita de su puño y letra y titulada por el propio santo «Oración de alma enamorada». El texto de esta oración se encuentra entre los *Dichos de Luz y Amor* de Juan de la Cruz. Para entender este género no sólo literario, sino espiritual, nada mejor que leer el prólogo de esos dichos, escrito en forma de oración, de conversación con Dios Padre.

Reconoce haber recibido de Dios el carisma, «la lengua» de los «Dichos de Luz y Amor». Al mismo tiempo confiesa que no posee las virtudes propias y exigibles a quien tenga ese don. Con este convencimiento preciso de su situación, no quiere tener doble responsabilidad: la de la deficiencia en esas virtudes y la de silenciar o no proclamar tales dichos que le llegan al alma. Se trata de comunicación infusa de parte de Dios, lo mismo que son dichos de ese género, por ejemplo, las 4 canciones de la *Llama de amor viva.*

Para no incurrir en esa doble culpa, los va a proclamar para que otros se puedan servir de ellos, para que «otras personas» –dice– «provocadas por ellos, por ventura aprovechen en tu servicio y amor en que yo falto y tenga mi alma en qué se consolar de que haya sido ocasión que lo que falta en ella halles en otras».

Los dichos que va a proferir están en la más perfecta consonancia con lo que Dios más quiere: la discreción, la luz, «el amor sobre las demás operaciones del alma». Por eso tales dichos serán en torno a estas realidades.

1. Han comentado esta oración sanjuanista Lucien MARIE, «Du désespoir à l'action de grâces»: *Revue Thomiste* 71 (1971), 288-299; Monique POUCHET, «Prière de l'âme énamourée»: *Carmel* 61 (Venasque, 1991), 100-108; José Vicente RODRÍGUEZ, en *San Juan de la Cruz profeta, enamorado de Dios y maestro,* Madrid 1987, 158-167; ID., *Míos son los cielos (comentario a San Juan de la Cruz),* EDE, Madrid, 19-161.

El principal y más largo dicho de esas tres características –amor, luz, discreción– es éste de «Oración de alma enamorada». Es de advertir que entre los dichos autógrafos se encuentran otros textos oracionales breves y densos: nn. 2, 16, 30, 32-33, 46-47, 49, 52.

Ya por el prólogo que antecede podemos ver cómo con estos dichos quería su autor ayudar a otros en el seguimiento de Cristo, en su imitación e identificación con él. Cuidará hasta el estilo, dejando a un lado la retórica del mundo, parlerías y elocuencias inútiles. Quiere hablar al corazón palabras «bañadas en dulzor y amor», pues sabe que eso le gusta particularmente al Señor.

El texto

La distribución del texto se puede hacer de varias maneras; una puede ser la siguiente:

1. Título: *Oración de alma enamorada.*
2. Invocación: *¡Señor Dios, Amado mío!*
3. Cuatro condicionales:

> «Si todavía te acuerdas de mis pecados para no hacer lo que te ando pidiendo, haz en ellos, Dios mío, tu voluntad, que es lo que yo más quiero, y ejercita tu bondad y misericordia y serás conocido en ellos.
>
> Y si es que esperas a mis obras para por ese medio concederme mi ruego, dámelas tú y óbramelas, y las penas que tú quisieres aceptar, y hágase.
>
> Y si a las obras mías no esperas, ¿qué esperas, clementísimo Señor mío?; ¿por qué te tardas?
>
> Porque si, en fin, ha de ser gracia y misericordia la que en tu Hijo te pido, toma mi cornadillo pues le quieres, y dame este bien, pues que tú también le quieres».

4. Dos interrogaciones:

> «¿Quién se podrá librar de los modos y términos bajos si no le levantas tú a ti en pureza de amor, Dios mío?
>
> ¿Cómo se levantará a ti el hombre engendrado y criado en bajezas, si no le levantas tú, Señor, con la mano que le hiciste?».

5. Afianzamiento personal:

> «No me quitarás, Dios mío, lo que una vez me diste en tu único Hijo Jesucristo, en que me diste todo lo que quiero; por eso me holgaré que no te tardarás si yo espero».

6. Monólogo interrogativo.

> «¿Con qué dilaciones esperas, pues desde luego puedes amar a Dios en tu corazón?».

7. Canto triunfal del pobre de espíritu:

> «Míos son los cielos y mía es la tierra; mías son las gentes, los justos son míos, y míos los pecadores; los ángeles son míos, y la Madre de Dios y todas las cosas son mías, y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí».

8. Desenlace:

> «Pues ¿qué pides y buscas, alma mía? Tuyo es todo esto, y todo es para ti. No te pongas en menos ni repares en meajas que se caen de la mesa de tu Padre. Sal fuera y gloríate en tu gloria; escóndete en ella y goza, y alcanzarás las peticiones de tu corazón».

Esta distribución textual, con los intercalados puestos por nosotros, ayuda, de entrada, a una comprensión precisa de su contenido y de sus acentos. Así quedan indicados esos pequeños núcleos interpretativos. Conviene atender a la partición precedente para seguir más llanamente nuestro comentario.

Clave de lectura

Orar desde esta oración es entrar en los terrenos de la gratuidad divina, proclamando a voz en grito la gratuidad del amor de Dios. Ésta es, a mi entender, la clave de lectura, teniendo presente que «lo gratuito es aquello que se da de balde, incondicionalmente». Lo que, en definitiva, se pide aquí es la acción y el triunfo de la gratuidad divina, que es la fuente y el manantial de nuestra gratuidad. De hecho, el punto más alto al que Juan de la Cruz quiere llevar a las almas con su magisterio

es el de la gratuidad. Enseña a admirar y a vivir esa dimensión de la gratuidad divina en la existencia cristiana, tal como él la canta y desentraña en su Cántico (CB), canciones 31, 32, 33. No usa los términos «gratuidad» y «gratuito»; el más cercano en su pluma sería «liberal», «liberalidad» (3S 20, 2, y D 136). Este espíritu de gratuidad se va asimilando e integrando en la propia existencia en pensamientos, palabras y obras, en la medida en que, al unirse con Dios y desasirse de lo que no es Dios, va el hombre adquiriendo «virtud de liberalidad, que es una de las principales condiciones de Dios, la cual en ninguna manera se puede tener con codicia» (3S 20, 2).

Esa condición (característica, índole, temperamento) tan principal de Dios se va, pues, traspasando en la vida del hombre y va perfumando todos los acentos de su oración.

No hay que extrañarse de nada de esto, pues se trata de alguien enamorado; y cuando se da esto, se vive la gratuidad. Y en la medida en que no se viva, será un enamoramiento ficticio, disfrazado farisaicamente de piedad, pero sin sustancia real.

La protagonista de esta oración es alma enamorada de verdad, con las características que le atribuye el propio Juan de la Cruz: «alma blanda, mansa, humilde y paciente» (D 28), y tal como la esculpe tantas veces, v.gr. en CB 1, 13; 9, 5-6.

El análisis de las cuatro condicionales que jalonan el texto, después del título y la invocación inicial, hace ver cómo el orante termina haciendo tesoro de la gratuidad divina, en cuyas manos abandona sus preocupaciones.

En la *primera condicional,* el recuerdo de los propios pecados anda como erosionando la gratuidad más plena del Señor. Se vence este tropiezo inicial, y no sólo se reconoce, sino que se invoca abiertamente el ejercicio de la bondad y misericordia divina perdonadora. Ese despliegue de bondad y misericordia, sin que sean para ello un obstáculo insalvable los pecados del hombre, no es más que despliegue de gratuidad y más gratuidad. No sólo el alma favorecida de ese modo, sino otras personas podrán conocer más y mejor al Señor viendo cómo perdona, olvida y deshace el pecado.

Ésta es la primera lección en la escuela de oración sanjuanista: que la memoria del pecado no asfixie nunca la respiración del orante.

La *segunda condicional,* acerca del mundo de las propias obras buenas, roza también el tema de la gratuidad divina, como si se creye-

se que eran tan necesarias para que actuase Dios con su generosidad. También aquí se supera ese tropiezo y, en consecuencia, se pide: «dámelas tú y óbramelas», es decir, inúndame con la generosidad de tu gracia. En la última cláusula –«y las penas que tú quisieres aceptar, y hágase»– se abre también la puerta a la voluntad divina, ofreciéndose a sobrellevar las cruces que el Señor envíe, bien segura de que, aun en ese caso, se tratará de una iniciativa de amor gratuito.

La *tercera y cuarta condicionales* forman una unidad. Se reconoce abiertamente que todo lo que pide al Padre en su Hijo Jesucristo no es, en definitiva, sino gracia y misericordia. Por eso el pedir cuentas al Señor –«¿Qué esperas, clementísimo Señor mío?; ¿por qué te tardas?»– se resuelve inmediatamente en la segunda parte ya señalada, en esas dos expresiones máximas de la gratuidad. Todo ha de anegarse en el mar de la liberalidad divina, hecha de gracia y misericordia. Aquí aparece claramente lo que anda pidiendo el alma enamorada en su oración. No puede pedir sino más amor: «hay que aspirar siempre al amor gratuito, oblativo, descartando el agobio por la retribución o recompensa» (JV, *Míos son...,* 91-92). Contando con todo esto, se cierra la cuarta condicional con este ofrecimiento: «toma mi cornadillo, pues le quieres, y dame este bien, pues que tú también le quieres». La ofrenda se articula doblemente sobre el querer de Dios, que quiere que el hombre menesteroso y pobre tenga la humildad de regalar lo poco e insignificante que posee. «Toma y dame: toma mi cornadillo y dame el bien que te ando pidiendo. El intercambio que propone el alma enamorada es ventajoso para ella [...]. Un abismo llama a otro abismo, la nada de la criatura llama al Todo de Dios» (*ibid.,* 99). El Señor, que disimula nuestros pecados, disimula también nuestra indigencia y para él lo más pequeño que le ofrezcamos significa muchísimo.

En las *dos interrogaciones* que siguen pulsa de nuevo la acción gratuita de Dios. El hombre es incapaz de librarse por sí mismo de sus condicionamientos y miserias; por eso invoca la mano remediadora y elevadora que interviene sin que la detenga la postración del hombre. En la primera interrogación, la gratuidad divina crea pureza de amor. En la segunda se invoca la mano creadora del Señor, que será capaz de recrear a su criatura. No ha perdido para nada su poder, y su voluntad de salvar y rescatar pondrá en marcha esa misma potencia.

El modo tan delicado y confiado de presentar estas dos peticiones interrogando a ese «Dios mío» es una nueva lección oracional. A Dios

le podemos contar nuestras cuitas, confiando siempre en que su mano no se ha acortado y debilitado (Is 50,2).Reaparece aquí el modo de ser de Dios, que es «de manera que si le llevan por bien y a su condición, harán de él cuanto quisieren, mas si va sobre interés no hay hablarle» (3S 44, 3; y casi lo mismo en CB 32, 1).

Lo que calificamos de *afianzamiento personal* hace ver, después de los tanteos y preocupaciones anteriores, la vuelta gozosa del orante a la base segura de Cristo y a las riquezas totales que el Padre le ha dado en ese su único Hijo, que ya no se lo quitará nunca. Eso era lo único que quería. Si todo lo tengo ya en Cristo, ¿por qué angustiarse y preocuparse, por qué andar buscando lo que ya se tiene? En la poesía *Contigo,* de Amado Nervo, se habla parecidamente este lenguaje: «Buscas la luz y en ti llevas la aurora. / Recorres un abismo y otro abismo / para encontrar al Dios que te enamora, / y a ese Dios tú le llevas en ti mismo. / ¡Mas tu sigues buscando lo que tienes!».

En el *monólogo interrogativo* que sigue, se autoincrepa el alma. Acaba de decir que Dios no tardará si ella espera. Y ahora quiere quemar ese tiempo de espera. Le parecen dilaciones inútiles las que tiene, cuando enseguida, ya mismo, puede amar a Dios en su corazón. Aquí nos descubre que lo único que quiere y que lleva pidiendo a lo largo de la oración es amar más y mejor a Dios, pues un alma enamorada no puede querer sino enamorarse más y mejor Y por eso pide ese aumento de amor a quien se lo puede y quiere dar. No hay otro; Él es la fuente y el origen del amor, es el amor mismo; Dios es el Amor, como Benedicto XVI ha explicado en su Encíclica *Dios es Amor.*

Así, Juan de la Cruz enseña que todo lo que queramos pedir ha de reducirse al amor. Lo único, en definitiva, que hay que pedir es el amor, como lo único que hay que vivir es el amor; y lo ideal es que nada nos lo impida ni en la oración ni en la vida.

Una vez que el alma ha puesto los pies firmes en la roca que es Cristo y se ha increpado a sí misma, se lanza a entonar ese himno. Lo denomino «canto triunfal del pobre de espíritu», porque sólo quien es pobre evangélicamente puede cantar de veras de esa manera. Si no lo fuera, todo eso no sería más que palabrería y hojarasca. Desde esos acentos cósmico-divinos se eleva la oración. Todas esas posesiones –cielo y tierra, justos y pecadores, los ángeles, la Madre de Dios y todas las cosas, y el mismo Dios– tienen su razón de ser «porque Cristo

es mío y todo para mí». Así vuelve la afirmación ya hecha en el afianzamiento personal realizado anteriormente.

La oración camina a su desenlace y se va a resolver en un monólogo: «Pues ¿qué pides y buscas, alma mía?». La respuesta es reafirmación de las riquezas cantadas en el himno triunfal. Los compases finales son un reclamo a la propia dignidad de hijo del Padre a quien se está orando. Se exhorta a salir fuera, a librarse de cualquier esclavitud y a esconderse y gozar de la gloria recibida de Dios. Por este camino de liberación y de amor gratuito, se dice a sí misma esta alma enamorada, «alcanzarás las peticiones de tu corazón».

Conclusión

La mejor conclusión es sumergirse en el oleaje de la oración sanjuanista; dejarse sacudir de nuevo por sus mismas palabras, verdaderos «Dichos de Luz y Amor».

Oración de alma enamorada

«¡Señor Dios, Amado mío!

Si todavía te acuerdas de mis pecados para no hacer lo que te ando pidiendo, haz en ellos, Dios mío, tu voluntad, que es lo que yo más quiero, y ejercita tu bondad y misericordia y serás conocido en ellos.

Y si es que esperas a mis obras para por ese medio concederme mi ruego, dámelas tú y óbramelas, y las penas que tú quisieres aceptar, y hágase.

Y si a las obras mías no esperas, ¿qué esperas, clementísimo Señor mío?; ¿por qué te tardas?

Porque si, en fin, ha de ser gracia y misericordia la que en tu Hijo te pido, toma mi cornadillo pues le quieres, y dame este bien, pues que tú también le quieres.

¿Quién se podrá librar de los modos y términos bajos si no le levantas tú a ti en pureza de amor, Dios mío?

Cómo se levantará a ti el hombre engendrado y criado en bajezas, si no le levantas tú, Señor, con la mano que le hiciste? No me quitarás, Dios mío, lo que una vez me diste en tu único Hijo Jesucristo, en que me diste todo lo que quiero; por eso me holgaré que no te tardarás si yo espero.

> ¿Con qué dilaciones esperas, pues desde luego puedes amar a Dios en tu corazón?
>
> Míos son los cielos y mía es la tierra; mías son las gentes, los justos son míos, y míos los pecadores; los ángeles son míos, y la Madre de Dios y todas las cosas son mías, y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí.
>
> Pues ¿qué pides y buscas, alma mía? Tuyo es todo esto, y todo es para ti. No te pongas en menos ni repares en meajas que se caen de la mesa de tu Padre. Sal fuera y gloríate en tu gloria; escóndete en ella y goza, y alcanzarás las peticiones de tu corazón».

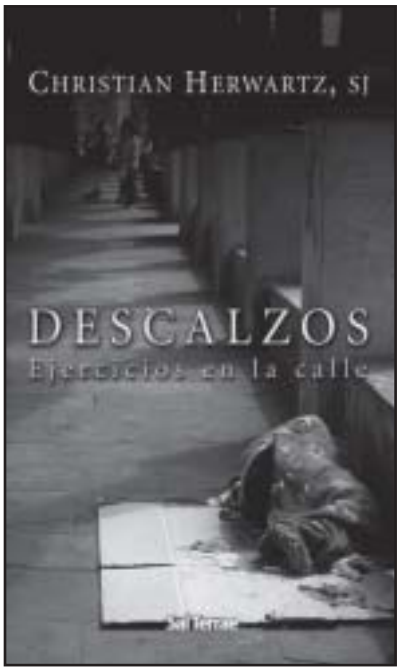
El coloquio amoroso con el Padre es la sustancia de esta oración. Este tono y modo de hablar con Dios es la principal enseñanza que aquí se imparte. Se está intimando con un Dios Padre, que tiene una dialéctica muy suya frente a los deseos del hombre y de sus vuelos oracionales, pues «cuanto más quiere dar, tanto más hace desear, hasta dejarnos vacíos para llenarnos de bienes» (Carta, 8 de julio de 1589). La oración obedece a está dialéctica divina. En toda ella se siente la corriente subterránea de la gratuidad de Dios, en la que la orante resuelve oracional y mentalmente sus temores y perplejidades claramente en las cuatro condicionales y en las dos interrogaciones que las siguen.

Está comunicándose con el inmenso Padre, que lleno «de ternura y verdad de amor [...] regala y engrandece a esta humilde y amorosa alma» (CB 27, 1) No se puede expresar debidamente hasta «dónde llega lo que Dios engrandece un alma cuando da en agradarse de ella» (CB 33, 8), porque, «en fin, lo hace como Dios, para mostrar quién es». La condición de Dios de ir dando más a quien más tiene y de ir dando multiplicadamente según de proporción de lo que el alma tiene (*ibid.*) es la revelación más clara de la gratuidad divina. En la comunicación con Dios tiene el alma experiencia de esa gratuidad sin fronteras que Juan de la Cruz canta así: «y como él sea liberal, conoces que te ama y hacer mercedes con liberalidad sin algún interese, sólo por hacerte bien» (Ll B 3, 6). La acción gratuita de Dios en el alma inflama, es decir, enamora más al alma y la pone «en ejercicio de amar» y orar también gratuitamente (*ibid.*). Juan de la Cruz es maestro de la vida espiritual, llevada por el camino del amor más gratuito posible. Fundidos en uno el camino del amor y el de la oración, al enseñarnos a orar nos está llevando necesariamente por ese camino de la gratuidad.

El realismo con que Juan de la Cruz funde la oración con el mismo precepto del amor brilla en un texto suyo acerca del *Paternoster* en que, hablando de Cristo maestro de oración, dice: «claro está que, cuando sus discípulos le rogaron que les enseñase a orar, les diría todo lo que hace al caso para que nos oyese el Padre Eterno, como el que tan bien conocía su condición, y sólo les enseñó aquellas siete peticiones del *Paternoster* en que se incluyen todas nuestras peticiones espirituales y temporales [...] porque bien sabía nuestro Padre celestial lo que nos convenía[...] y en éstas se encierra todo lo que es voluntad de Dios y todo lo que nos conviene» (3S 44, 4). Adviértase cómo habla de la condición de Dios Padre y recuérdese que «una de las principales condiciones de Dios es precisamente la liberalidad con que nos enseña a amarle gratuitamente y sin egoísmos personales». Así en oblatividad perfecta hay que ir viviendo responsorialmente frente a Dios, pagando gratuidad con gratuidad, «porque el amor no se paga sino de sí mismo» (CB 9, 7) o, como dice nuestro refrán popular, «amor con amor se paga».

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA



NOVEDAD

CHRISTIAN HERWARTZ, SJ
Descalzos.
Ejercicios en la calle
112 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 7,50 €

He aquí cómo se ha ido haciendo realidad una singular experiencia, los "Ejercicios en la calle", nacida en el entorno de una pequeña comunidad de jesuitas y no jesuitas en una zona marginal de Berlín y extendida hoy por diversas ciudades de Europa central. De la mano de esa experiencia, encontramos en la propuesta ignaciana impulsos originales para probar nuevos accesos a contextos de exclusión que permiten desembarazarse de prejuicios y muros divisorios y adquirir una perspectiva más abierta y certera para "sentir y gustar internamente" la realidad de nuestro mundo.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

FRANÇOIS BOVON
Los últimos días de Jesús.
Textos y acontecimientos
136 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 8,50 €

Los últimos días de Jesús proponen una reconstrucción de los acontecimientos que precedieron a la muerte de Jesús en la cruz, desde la entrada en Jerusalén hasta el patíbulo. Después de presentar las fuentes tanto cristianas como judías y paganas, y "El punto de partida metodológico", François Bovon expone primeramente los hechos, y después los tiempos y lugares de la pasión de Jesús, abordando de manera clara y accesible la verosimilitud de los extraordinarios hechos acaecidos en la crucifixión de Jesús, una de las cuestiones más estudiadas y debatidas por los investigadores.

ST 95 (2007) 269-278

LOS LIBROS

Recensiones

WÉNIN, A., *La historia de José (Génesis 37–50)* (Cuadernos Bíblicos, 130), Verbo Divino, Estella (Navarra) 2006, 56 pp.

Hace más de una década, un gran conocedor de la literatura bíblica, Luis Alonso Schökel, escribió que, «si el libro entero del Génesis llegó a ser un clásico de la literatura occidental, la historia de José ha sido una de sus partes favoritas». Otro gran conocedor de la Biblia, y en especial de los relatos del Antiguo Testamento, André Wénin, ofrece en poco más de 50 páginas unas interesantes y cuidadas orientaciones y reflexiones sobre la mencionada historia (Gn 37–50).

Ya en las primeras líneas de su estudio, el autor señala que su interés es la intriga del relato, y propone una lectura de éste utilizando los recursos del análisis narrativo (p. 3). En él se fija, sobre todo, en la actuación de tres personajes: José, Jacob, sus hijos. Igualmente, en dos temas que recorren los capítulos finales del Génesis: la violencia y la fraternidad.

Su primer capítulo destaca alguno de los aspectos más característicos de Gn 37. Uno de ellos es la centralidad de la *palabra,* la verdadera y fraterna palabra que tendría que darse entre los hijos de Jacob y que podría abrir el camino de reconciliación entre ellos y recomponer la fratría (pp. 10, 14).

Siguen dos capítulos más, en los que el autor presenta diversos elementos o motivos que configuran la intriga de Gn 37–50. La mayoría de ellos están en relación con José, gran protagonista de los mismos, que aparece como el hermano, el hombre, el que no busca ocupar el lugar primero o principal, etc.

Junto a ello, el autor resalta también el papel que juega Jacob; en especial, el hecho de que, con el pasar del tiempo, modifique su actuación de una manera tal que, «a partir de Gn 43, está dispuesto a todo» (p.24). Menos, en cambio, el de Judá, cuya importancia parece subrayar Gn 44 y de la que Wénin se hace eco, sobre todo, en las menciones de Gn 49,8ss (p. 42).

El libro concluye con unas páginas dedicadas a dos episodios importantes de la historia de José: la muerte de Jacob y el asunto de Judá

y Tamar. De éste último se señalan las conexiones que existen entre Gn 38 y el resto de los capítulos de la citada historia. Y se indica que «este episodio, considerado como "independiente", constituye una notable anticipación de la continuación de la intriga familiar» (p. 51).

Esta breve pero sustanciosa obra de Wénin ofrece igualmente sucintas indicaciones sobre aspectos característicos de Gn 37–50: sus principales y más recientes interpretaciones, su génesis, su datación, el papel que juega Dios en dichos capítulos. Ellos son un buen complemento de las aportaciones ofrecidas por este nuevo cuaderno bíblico de la Editorial Verbo Divino, que puede ayudar a leer críticamente la historia de José y a comprender con exactitud las claves y referencias que atraviesan la mayoría de los capítulos que la configuran, tanto a los que ya conocen Gn 37–50 como a los que se acerquen por primera vez a esta parte final del libro del Génesis.

Enrique Sanz Giménez-Rico

DEPARTAMENTO DE PENSAMIENTO SOCIAL CRISTIANO, *Una nueva voz para nuestra época (Populorum progressio 47),* Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2006, 742 pp.

Creo ser testigo, directo y cercano, de la historia, ya no corta, de este excelente Manual Universitario de Pensamiento Social Cristiano (= PSC). En el curso 1978–1979, este Departamento, totalmente renovado bajo la eficaz y permanente dirección del Prof. Rafael Sanz de Diego, SJ, comienza a publicar unos Apuntes de PSC como base y ayuda en la explicación del programa de esta asignatura. El Departamento se concibió y nació como interfacultativo, y muy pronto logró hacer presente el PSC en la vida universitaria como una asignatura obligatoria, en paridad total con las otras materias que configuraban las respectivas carreras. Fue un claro signo de la identidad católica del entonces ICAI-ICADE. También puedo testimoniar la buena aceptación de esta asignatura por parte de los alumnos. Esta acogida y simpatía se debió, sobre todo, a la competencia y seriedad académica de los profesores, miembros del Departamento de PSC que, aunque no siempre ha sido justamente valorado por todas instancias académicas, sigue siendo de máxima importancia en la confesionalidad católica de nuestra Universidad. La labor del director de este Departamento no ha sido siempre fácil, en la configuración y mantenimiento del mismo, pero la calidad y competencia de los siete profesores que firman la autoría de este Manual no permiten ninguna duda sobre su madurez y estabilidad. Este relevante equipo departamental no surgió de la nada, ni se encontraron por casualidad. Atrás queda la labor, no siempre fácil, de haberlo sabido conjuntar y mantener. Se trata de una realidad que no debería olvidarse. Junto a estos elementales rasgos del Departamento

de PSC de la Universidad Comillas-Madrid, hay que afirmar que el Manual, en sí mismo, tiene también una larga historia. El que aquí presentamos aparece como *tercera edición;* pero con diversas denominaciones, desde 1978, en que aparecieron los primeros Apuntes de PSC, le preceden en realidad *una docena de ediciones.* Lo cual supone casi treinta años de progresivo enriquecimiento y toda una prueba y garantía de que estamos ante una obra muy bien pensada, madurada y realizada. El título de las tres últimas ediciones es un acierto, al elegir ese expresivo texto de Pablo VI como señal inequívoca de la identidad del Manual. El solo enunciado de las *seis partes* en que los autores dividen su obra (Historia, Sociedad, Economía, Política, Cultura y Compromiso cristiano) evidencia que nos encontramos ante un Manual Universitario completo y original. Nada falta y nada sobra. La estructura de las seis partes y capítulos es admirablemente armónica, sin que ni la extensión o el contenido de unas materias se lleven «la parte del león» en detrimento de otras.

Con todo, si se me obligase a señalar mi personal preferencia por alguna de ellas, me inclinaría por la *parte IV,* dedicada a la Política. Se trata de un auténtico y genuino tratado histórico-doctrinal del magisterio de la Iglesia Católica sobre el quehacer político, en sus plurales y diversas vertientes. Desde la originalidad, no superada, de la doctrina socio-política de la Escuela de Salamanca, hasta los textos magisteriales del Vaticano II, Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI, podemos asegurar que se ofrece *un conjunto completo y objetivo de la doctrina y enseñanza de la Iglesia,* tan desconocida como parcialmente aducida y hasta tergiversada. Tampoco falta una exposición bastante y suficiente de los documentos de nuestra *Conferencia Episcopal* en referencia a lo político, como una muestra más de acercamiento a la realidad nacional en que la doctrina católica tiene su implantación, tantas veces, por desgracia, conflictiva. Toda la materia de esta parte del Manual queda articulada en diversos capítulos sobre los fundamentos de la moral política, sobre el hombre, la sociedad y el Estado, sobre las relaciones entre la Iglesia y los Estados –en una síntesis tan clara como exacta–, sobre los derechos humanos, la violencia, la guerra, la paz y el orden internacional.

Los enunciados, que hemos aducido como meros ejemplos, nos confirman en nuestra afirmación de que se trata de un Manual de PSC que no sólo no defraudará a quien busque una información, y formación en su amplia temática, sino que saldrá siempre ampliamente enriquecido. La *línea pedagógica* que recorre y vertebra este Manual la estimamos absolutamente acertada, por lo que supone de *acercamiento directo* a los textos mismos del magisterio social de la Iglesia. De esta forma, se aleja el contenido y la exposición de este Manual de PSC de ensayismos más o menos afortunados y de veleidades ideológicas y subjetivas, que terminan siempre por traicionar la verdad. La presentación es inmejorable, como completísima es la lista de las si-

glas de los documentos y términos utilizados, de tan gran utilidad y tan de agradecer en este tipo de libros. Acompaña a esta edición un CD con una abundante –ciento cincuenta y nueve– y bien seleccionada colección de artículos de especialistas en la materia, que supera con mucho las meras bibliografías al uso, tan fáciles hoy de aducir como de dudosa utilidad práctica. Sólo nos queda, además de recomendar vivamente este espléndido Manual de PSC, que no debería faltar en ninguna biblioteca universitaria, felicitar a sus autores, al Departamento de PSC y a la Universidad en la que ha nacido y ha sido publicado.

José María Díaz Moreno, SJ

IZQUIERDO, Montserrat, *Teresa de Jesús. Con los pies descalzos,* San Pablo, Madrid 2006, 426 pp.

Montserrat Izquierdo, perteneciente a la Institución Teresiana y profesora del Centro Internacional Teresiano-Sanjuanista en Ávila, narra a lo largo de estas cuatrocientas páginas la vida y obras de la gran doctora de la iglesia Teresa de Jesús.

La autora nos invita en esta obra a ir haciendo el recorrido a lo largo de la vida de Teresa, no sólo por su biografía exterior, sino sobre todo por su itinerario vital y espiritual de encuentro, de amistad, de apasionamiento por Dios y por el mundo que le tocó vivir. Se nos transmiten en estas páginas, además del recorrido teresiano, el carácter y personalidad de esta mujer santa, de una forma ágil y a la vez enriquecida con datos minuciosos de la investigación que ha llevado a cabo Montserrat Izquierdo.

Espontaneidad humana y hondura mística: ésa es la imagen que se nos va presentando de Teresa de Jesús a lo largo del libro, que va recorriendo las distintas etapas de su vida: adolescente en el capítulo primero; gozo de la entrega primera y las primeras dificultades físicas y afectivas del encuentro de amistad con Dios en una mujer profundamente afectiva como Teresa, en el capítulo segundo; la crisis de realismo, la madurez, el encuentro y la segunda conversión de Teresa en su madurez, cercana a los cuarenta, en el tercer capítulo; su gran despliegue de fuerzas en su etapa de fundadora, de 1562 a 1572, donde comenta la autora: «ha habido un cambio de protagonista. Dios ha tomado la iniciativa», ocupa el cuarto capítulo; en el capítulo quinto se nos ofrece un amplio panorama de Teresa de Jesús escritora, destacando sus obras más importantes y el contexto en que son escritas: el *Libro de la vida,* «fruto de una experiencia. Su autora es vitalista, intuitiva y dinámica. Escribe desde su experiencia, con la fuerza arrolladora de quien ha vivido –en toda su amplitud– los más profundos misterios de la vida espiritual, que son los que dejan también más honda impresión en la psicología humana». *El camino de Perfección,* un libro escrito para enseñar a orar «como ella ni sus monjas pueden enseñar ni predicar, por ser mujeres, quiere que sus oraciones valgan pa-

ra ayudar a estos siervos de Dios. Para ella la solución no está en las armas, sino en la fuerza de la comunidad orante». *Las Moradas del castillo interior,* obra cumbre teresiana y fruto de su madurez humana, espiritual y literaria, a sólo cinco años de su muerte en 1582. En el último capítulo, titulado precisamente *El castillo interior,* Montserrat Izquierdo nos ofrece un recorrido por la etapa final de la vida de Santa Teresa, sus dificultades con la Inquisición, sus desalientos y apoyos en la amistad compartida de tres o cuatro amigos íntimos, las últimas fundaciones, ya con la enfermedad mortal a cuestas, purificada y despojada de todo deseo, como casi todos los grandes santos al final de su vida. Ella, que siempre había soñado con ser enterrada en su conventico de San José de Ávila, muere en Alba de Tormes, por un absurdo capricho de la Duquesa de Alba, suplicando «un poco de tierra para enterrarme». En un epílogo posterior, la autora nos ofrece el proceso al ser declarada Doctora de la Iglesia por Pablo VI el 27 de septiembre de 1970. Por último, una brevísima reflexión sobre la importancia de Teresa de Jesús como mística, ofrecida por el gran teólogo del siglo XX Karl Rahner en el mismo año 1970.

¿Qué añadir acerca de este magnífico libro? Sólo que es una gran oportunidad para conocer y penetrar la vida y el itinerario interior de una de nuestras más grandes santas, Teresa de Jesús, mujer apasionada y apasionante, y poder acercarse a sus escritos desde la ventaja de una gran investigadora, Montserrat Izquierdo, que nos evita la dificultad del castellano antiguo del siglo XVI, traduciendo a Teresa a nuestro lenguaje de hoy.

Fátima Gil

SCHLOSSER, Jacques, *Jesús, el profeta de Galilea,* Sígueme, Salamanca 2005, 334 pp.

Jacques Schlosser, especialista en Jesús y el Nuevo Testamento, nos ofrece un magnífico estudio sobre el llamado «Jesús histórico». Es decir, hace una reconstrucción de Jesús de Nazaret basándose únicamente en los datos que la historia considera como científicamente fiables y prescindiendo de lo que las comunidades cristianas añadieron posteriormente. Para ello Schlosser recurre a todos los medios que la ciencia actual proporciona para un estudio de estas características: historia, exégesis, antropología, etc. Las conclusiones a las que llega están perfectamente razonadas y sopesadas, y siempre informa al lector de su mayor o menor riesgo de error. El original francés de la obra es de 1999.

Ésta consta de cuatro partes, además de la introducción y un epílogo sobre la resurrección de Jesús. En el primer capítulo, «Panoramas», Schlosser nos introduce en el marco histórico y geográfico en el que vivió Jesús de Nazaret, describe las fuentes de las que podemos sacar información veraz sobre su vida y nos habla de los criterios que se han de seguir para determinar

qué datos tienen un grado aceptable de fiabilidad histórica. A continuación, en «La actividad pública de Jesús», estudia la figura de Juan Bautista, el grupo de seguidores de Jesús, el concepto de reino de Dios, los signos de los tiempos y las tradiciones judías. En el tercer capítulo, «¿Qué dices de ti mismo?», Schlosser analiza los datos que tenemos sobre la identidad de Jesús y los títulos que a él se le aplican. El capítulo final es «El desenlace», y en él toca los siguientes temas: la acción en el Templo, la última cena y el proceso y muerte de Jesús.

Schlosser define a Jesús de Nazaret como un profeta escatológico con una marcada dimensión carismática, que se rodeó de un grupo de seguidores (cf. pp. 110-112) y que parece tener «la convicción de que su propio obrar es el terreno donde se ejerce la actividad misma de Dios y en donde toma ya cuerpo la salvación esperada» (p. 148). Lo más probable es que cuando atacó abiertamente al Templo, la institución más importante del judaísmo de aquella época, las autoridades religiosas judías instigaron al poder romano para que lo crucificara, y éste así lo hizo (cf. pp. 238, 274-276).

Lo bueno de esta obra es que está escrita con gran rigor científico, pero al alcance del gran público. Para que cualquier persona con una cultura media pueda seguirla perfectamente, Schlosser se expresa con gran claridad y explica los términos más técnicos en un glosario. El desarrollo de los capítulos es bastante ameno. Toca continuamente temas muy interesantes: los seguidores de Juan Bautista, las discípulas de Jesús, el divorcio, la crucifixión, etc. Destaca, a este respecto, el estudio de la resurrección de Jesús. Además, como es lógico, Schlosser también incluye una bibliografía escogida.

Todo ello hace que este libro sea muy válido para cristianos medianamente bien formados, para los que el conocimiento de la realidad científica que hay detrás de los textos bíblicos no les escandalice, sino que les sirva de ayuda para saber más acerca de Jesús.

Fray Julián de Cos, OP

ANTONY, M.M. – SWINSON, R.P., *Cuando lo perfecto no es suficiente. Estrategias para hacer frente al perfeccionismo,* Desclée de Brouwer, Bilbao 2004, 326 pp.

«Una excelente descripción del perfeccionismo y sus desventajas. Presenta multitud de métodos cognitivo-conductuales para tratar y minimizar esta angustia. Muy práctico y minucioso, aunque amablemente flexible e imperfeccionista al mismo tiempo».

Con esta valoración que A. Ellis hace de esta obra, comenzamos su presentación. Obra que, efectivamente, se nos ofrece como un verdadero recurso pedagógico para darse cuenta de hasta qué punto somos –o no– perfeccionistas, qué tipo de perfeccionismo sería el nuestro y qué caminos pueden recorrerse para su superación.

Los autores disponen de un currículo (pp. 325-326) que avala so-

bradamente, tanto desde la psicología como desde la psiquiatría, la propuesta terapéutica que hacen en *Cuando lo perfecto no es suficiente.* Dicha «propuesta» –con una clara orientación divulgativa y práctica– se organiza distinguiendo tres partes fundamentales en el libro, precedidas por una introducción y concluidas por la siempre conveniente recomendación de lecturas en torno al tema.

En este caso, y por breve que resulte, la *Introducción* es fundamental. No es una mera presentación del texto, sino que se adentra de lleno, resumiéndolo en grandes líneas, en lo que va ser la obra que se tiene entre manos. En ella se indica de entrada, aunque muy sucintamente, qué es «perfeccionismo», qué tipos de perfeccionismo existen (asociados a la ira, a la depresión, a la ansiedad...), desde qué perspectiva clínica (cognitivo-conductual) se enfoca el tema, y los recursos pedagógicos que se ofrecen, así como unas sabias indicaciones sobre cómo usar y cómo no usar este libro.

La Primera Parte lleva por título *«Entendiendo el perfeccionismo»,* y en ella se incluyen cuatro capítulos en los que se describe desde un enfoque teórico-práctico *La naturaleza del perfeccionismo; El impacto del perfeccionismo; El perfeccionismo y los pensamientos* y, finalmente, *El perfeccionismo y la conducta.*

La Segunda Parte, en conjunto, proporciona directrices específicas para realizar una autoevaluación del propio perfeccionismo y para aplicar las estrategias específicas que ayudarán a superar pensamientos y conductas perfeccionistas (cf. p. 15). Esta parte, bajo el título genérico de *«Superando el perfeccionismo»,* incluye los siguientes capítulos: *Evaluando su perfeccionismo; Desarrollando un plan para el cambio; Modificando sus pensamientos perfeccionistas* y, por último, *Modificando las conductas perfeccionistas.*

La Tercera Parte busca explicar la asociación entre el perfeccionismo y los síndromes clínicos específicos (depresión, ansiedad, etc.) con que suele relacionarse. Con la finalidad de autoayuda que caracteriza a toda la obra, será de especial aplicación para quienes se sientan identificados con alguna o algunas de estas situaciones. En esta parte se abordan temas como *Perfeccionismo y depresión; Perfeccionismo e ira; Perfeccionismo y ansiedad social; Perfeccionismo y preocupación; Perfeccionismo y conducta obsesivo-compulsiva* y *Perfeccionismo, dieta e imagen corporal.*

A la vista de lo anterior, no es difícil concluir que se trata de un libro interesante que ofrece muchas posibilidades para la autosuperación de algo que hace sufrir a muchas personas. Como hemos dicho anteriormente, se sitúa de lleno en la corriente de *manuales de autoayuda* típicamente anglosajones, que no siempre gozan de la simpatía de otras corrientes de psicología (y psiquiatría) clínica. Sin embargo, es necesario reconocer que la misma obra fundamenta la opción que toma (véase la Introducción y la Primera Parte, sobre todo) y no descuida, sino todo lo contrario, la importancia de acudir en busca de

ayuda profesional (cf. cap. 6) y, puntualmente, el apoyo farmacológico cuando la situación desborda los recursos personales.

Consideramos, finalmente, que es una obra que puede estar en muchas bibliotecas, tanto especializadas como no especializadas, y convertirse en un auténtico recurso para *caer en la cuenta* de los propios perfeccionismos y *obrar en consecuencia.* Como siempre, la colección «Serendipity» nos ofrece una presentación impecable.

Mª Ángeles Gómez-Limón

GRÜN, Anselm, *La fe como nueva perspectiva,* Sal Terrae, Santander 2006, 104 pp.

Anselm Grün, monje benedictino de Alemania, conocido por sus muchos libros de espiritualidad, consejero espiritual y director de cursos, quiere en este libro ofrecernos una mirada nueva de la fe, del amor y de la alabanza.

A lo largo de los tres capítulos va desgranando cómo entiende esa mirada nueva, ese salirse de las respuestas fáciles que nos bloquean en el caminar de la vida, para buscar esa «nueva perspectiva» que da paso a la posibilidad de hacer la experiencia de la fe.

En la introducción nos presenta un ejemplo muy sugestivo, tomado de una historia de Mark Twain, que servirá de planilla para lo que intenta explicarnos a continuación.

Tiene el libro la ventaja de la brevedad y la sencillez de su lenguaje. Nos ofrece la mirada positiva hacia el mundo, hacia nosotros, los otros y Dios como modo de reinterpretar la realidad desde ángulos nuevos, que se salen del esquema, pero que posibilitan respuestas nuevas y creativas.

Personalmente, el «pero» que le pongo es que es necesario un autoconocimiento psicológico que no siempre se posee. Y que muchas situaciones de la vida no permiten afrontar la realidad con ese cambio de perspectiva, con la misma facilidad con que son descritas.

Por otro lado, algunas expresiones del libro, que pueden ser válidas para algunas personas, pueden también herir la sensibilidad o aumentar la carga de dolor y sufrimiento de quienes viven situaciones dolorosas. Cuesta leer, oír, que «Dios manda una enfermedad», «aceptar la enfermedad que me viene de Dios», «El objetivo de las aflicciones finito-temporales es el establecimiento de la soberanía divina». Quien está contemplando la agonía de su hijo pequeño o la muerte de tantos en mil y una situaciones, no podrá aceptar que la soberanía de Dios se dé a costa del sufrimiento de una sola criatura. Habría que desterrar ese tipo de mensajes. Me parece un error ofrecer respuestas de ese tipo (siempre cuestionables) a quienes uno quiere acercarse para invitarles a hacer la experiencia de la fe.

Si el problema del dolor, el mal y la muerte en el mundo no tienen respuesta, es mejor callar o recono-

cer que no se tiene respuesta y permanecer acompañando, que dar respuestas que más provocan el rechazo que la cercanía.

Mª José Herrería

REDONDO, Valentín, *De profesión, hermano. Francisco de Asís,* San Pablo, Madrid 2004, 116 pp.

En el marco del Centenario de la Restauración de la Orden de los Franciscanos Conventuales en España, se escribió este libro como autobiografía de una de las figuras más universales en el tiempo y en el espacio: Francisco de Asís. Escrito desde el conocimiento, el cariño y el entusiasmo de quien se siente seguidor de Jesucristo con el mismo deseo y carisma que Francisco, nos va mostrando con naturalidad y sencillez lo que fue la vocación del «pobre de Asís» y el «hermano de todos».

A lo largo del libro se van destacando, ante todo, los valores positivos de una época y un acontecimiento: Francisco y el franciscanismo primitivo, sin olvidar ni ocultar las sombras que la sociedad, la Iglesia y las mismas comunidades franciscanas presentaban a los ojos de Francisco, mostrando la esperanza, los nuevos horizontes, el bien, como algo posible y realizable, no sólo en aquel momento, sino también en nuestro hoy.

Queda bien patente en esta «autobiografía», donde Francisco, desde su fidelidad al evangelio, quiso poner el acento en su vida y en los que, desde diversos caminos a lo largo de estos ochocientos años de presencia franciscana, son valores ineludibles del franciscanismo: fraternidad, búsqueda, libertad, pobreza y minoridad.

Las ilustraciones, tomadas del Retablo de San Francisco de Gay Holmes, van poniendo al relato imagen y luminosidad, son como parte de un icono que se va construyendo, acompañando a los distintos capítulos, cortos y concretos, que ayudan de una manera adecuada a ir comprendiendo el proceso de cambio de Francisco, que si, por una parte, es tortuoso y complejo, por otra es cercano y posible para el hombre y la mujer de hoy y de siempre.

El título de cada capítulo expresa en pocas palabras la experiencia clave de cada momento de la vida de Francisco, pasando, según avanza, de realidades más personales a intuiciones más comunitarias y universales. Como en círculos concéntricos, y partiendo de Asís, vamos abriéndonos a la amplitud del movimiento franciscano, que traspasa los límites de los pueblos, las religiones y las razas, hasta llegar a lo que el autor califica de «nuevo vivir», donde se resume la raíz de la opción de Francisco: «haberme decidido por el Evangelio y entregarme de lleno a vivirlo por Cristo, el Cristo pobre y crucificado».

En un mundo como el de hoy, en el que la complejidad, lo sofisticado, lo extraordinario... cada vez cobran más importancia, este libro ayuda a mostrar la posibilidad de una vida sencilla, cercana, fraterna,

pacífica y pacificadora. Quizá nuestra época sea la más cercana al primer franciscanismo: estamos en unas condiciones óptimas para recrear el estilo y la vida de Francisco acogiendo lo que él mismo nos dice: «es grandemente vergonzoso para nosotros, los siervos de Dios, que los santos hicieran las obras, y nosotros, con narrarlas, queremos recibir gloria y honor» (*Adm.* 6).

Libro asequible y recomendable no sólo para los que están familiarizados con Francisco y su obra, sino sobre todo para aquellos que quieren conocerlo deseando comprender qué tienen Jesús y su evangelio para suscitar transformaciones tan radicales como las que provocaron en él.

Sagrario Alarza Campo

MERODIO ATANCE, Julia, *Vía Crucis de la familia,* San Pablo, Madrid, 2006, 40 pp.

Julia Merodio, madre de familia que durante dieciséis años ha sido secretaria de «Comunidades de Vida Cristiana» en España y que actualmente es voluntaria de Cáritas y desarrolla una prolífica labor pastoral, ha escrito desde su particular punto de vista este sencillo y profundo *Vía crucis.*

Sigue el esquema de las clásicas catorce estaciones, y en cada una ofrece una lectura bíblica, un comentario a la estación y una toma de contacto con la realidad a la que, según la autora, alude dicha estación. Todo ello muy escuetamente, pensando en no hacer «pesado» el *Vía crucis.*

Esta obra responde a la experiencia espiritual vivida por la autora: *«Queremos acompañarte [Jesús] en el camino del Calvario, queremos mirarte, aunque se nos arrugue el alma, queremos brindarte nuestra adhesión, aunque sintamos miedo al hacerlo, queremos ponernos en tus manos porque sabemos con certeza que tú eres nuestro único salvador»* (p. 7).

Sus comentarios ayudan al creyente a ponerse en situación. No cae en absoluto en el «pietismo». Las tomas de contacto con la realidad pasan por los problemas que más sufren actualmente las familias y, en general, todas las personas. Por ello, en mi opinión, este *Vía crucis* es válido para cualquier ámbito social, incluido, por ejemplo, el de la vida consagrada.

Para concluir esta breve reseña, simplemente diré que hay que estar agradecidos a mujeres seglares, como Julia, que se prestan a sacar de su corazón obras tan bonitas como ésta.

Fray Julián de Cos, OP

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

JAVIER GARRIDO
El camino de María.
Vida y misión
144 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 7,50 €

La exégesis evangélica obliga a criticar la mariología del catolicismo tradicional. La conciencia actual de la mujer exige liberarse del lastre de María como símbolo preferido del pensamiento patriarcal. De ahí la tendencia a considerarla no más que progenitora de Jesús de Nazaret o, a lo sumo, modelo de fe. Estas páginas quieren reivindicar la misión singular de María en la Historia de la Salvación: su vida y misión consistió y consiste en ser el corazón del Reino y de la Iglesia, para lo cual tuvo que aprender a vivir en obediencia de amor en el ocultamiento, un camino por etapas de transformación espiritual.

ST EDITORIAL
SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

ANSELM GRÜN
¡Entra en contacto!
Oraciones para jóvenes
104 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 6,50 €

He aquí unas oraciones que te permiten experimentar y sentir lo que es orar. Palabras que te ayudan a entrar en contacto con Dios tal y como eres. Por eso han sido escritas en un lenguaje sencillo, con el que cualquiera puede identificarse. Puedes rezarlas a solas, tratando de que penetren en tu corazón, o en grupo, intentando crear comunidad y abrir el corazón de cada uno de los miembros del grupo al misterio de Dios al que dirigís vuestra oración y a la presencia misteriosa de Jesús en medio de vosotros. Dios te dice: ¡No tengas miedo! Entra en contacto.